

RAPAZ

Por Alejandro Aristimuño

Al cerrar los ojos con fuerza, como aquel que no quiere o teme ver a su alrededor, aparecía una figura nítida que emergía en soledad de las profundidades de la oscuridad, con su fuerte pico grisáceo y una máscara rojiza o anaranjada, dependiendo de su grado de excitación. Giraba su cabeza con capucha negra y cuello blanco en todas direcciones, y agitaba sus alas marrones. Y con sus patas amarillas bien adaptadas a distintos tipos de suelo acechaba a sus presas.

I

Un grupo de chicos, compañeros de estudios en la misma escuela primaria, pescaba desde la orilla del riacho marrón mientras que a unos cincuenta metros de distancia el polvo se arremolinaba sobre el desierto camino de tierra que bordeaba aquel curso de agua en una línea irregular, como si fuese una víbora que se escabullía entre una vegetación de baja altura, cuyo intenso verdor atenuaba al aspecto sucio y desprolijo de este rincón subtropical del nordeste del país.

Estos preadolescentes, contentos de que se aproximaba el fin de año y acababan de terminar las clases, estaban descalzos y no necesariamente porque introducían sus pies en el agua revuelta que arrastraba el calor proveniente de las selvas del otro lado de la frontera de la provincia, donde el cauce se transformaba en un río caudaloso que recorría miles de kilómetros. También llevaban pantalones cortos o arremangados y sus torsos trigueños al desnudo y cubiertos por una fina capa de sudor veraniego. Todos excepto uno, Luciano, quien no se quitaba su remera oscura a pesar de estar bajo un sol abrasador.

Luciano, al igual que sus compañeros, chapoteaba en el barro y agitaba su caña artesanal construida con una rama arrancada de los árboles ubicados cruzando el camino y un hilo de nailon que le cortaba la piel de las manos cuando una presa “picaba” y él tiraba de éste con todas sus fuerzas, y sin carretel, para pescarla; sin importar que le quedase un surco con sangre en la palma o los dedos.

“¡Parece que el porteño pescó una culebra!”, exclamó Mario al ver que Luciano levantaba del barro una anguila criolla, un pez típico de la zona, alargado y con forma de serpiente o lombriz gigante que podía vivir tanto en agua dulce (como la de allí) o salada, y hasta pasar largos ratos en tierra firme.

Inmediatamente, todos los demás compañeros que se encontraban desperdigados por la orilla fueron corriendo hasta el *ring* en el que Luciano luchaba contra aquella criatura que en algunos casos, no este precisamente, podía llegar a medir hasta más de un metro de largo y pesar 750 gramos.

Este proyecto de pescador tenía 10 años recién cumplidos pero era sorprendentemente fuerte para su corta edad, por lo que el pronóstico indicaba que sería un combate corto, de pocos *rounds*.

“¡Dale fuerte!, ¡dale fuerte!”, gritó Mario dando pequeños saltos en el lugar, salpicando a los demás presentes aunque todos ya estaban empapados y embarrados, lo que no les molestaba en absoluto en aquella tarde ventosa y, a la vez, sofocante.

“¡No seas cagón!”, intervino otro de los chicos, exaltado y tomándose la visera de su gorra con el escudo de Racing Club, cuyo equipo de fútbol que estaba por salir campeón del torneo argentino por primera vez en 35 años.

Pero Luciano parecía no escucharlos y continuaba con su lucha en *mute*. Sólo gemía cada tanto en señal de que pescar esa anguila le estaba demandando un esfuerzo importante porque se trataba de una criatura que se escurría gracias a la mucosa que cubría su piel recia, color gris oscuro.

Entonces arrojó la caña a un lado, se arrodilló y mientras que con una mano apretujó al pobre pez contra una ínfima porción de suelo de tierra seca y dura, con la otra tomó de entre el pastizal un cascote con el que seguidamente aplastó la cabeza de su presa, al punto que ésta explotó expulsando unos fluidos viscosos y desagradables.

Mientras sus compañeros bramaban como toros bravos encerrados en un corral, Luciano no se conformó con haber matado a la anguila y siguió aplastando el resto de su cuerpo con el cascote hasta desintegrarla.

“¡Para, che! Ya está. Dejala”, señaló Mario al ver que la “culebra” se había convertido en una simple mancha parda sobre la que yacían trocitos de aletas y de la cola. En tanto que las escamas eran tan microscópicas que pasaban inadvertidas para el ojo humano.

“¿No me dijeron que le diera fuerte?”, preguntó Luciano poniéndose de pie y sin soltar el arma asesina, en la que quedaban más restos de la víctima de sangre fría que en el resto de la escena del crimen.

Los compañeros de Luciano permanecían callados, con los ojos bien abiertos, cuando arribó al lugar por un angosto sendero un vecino que había escuchado los gritos previos mientras cuidaba de unos caballos que pastaban a la vera del camino costero, en los bordes de una cancha de fútbol delimitada únicamente por dos arcos de hierro despintados y sin redes.

Alarmado, este hombre, de unos sesenta años que llevaba un sombrero de paja y estaba vestido con un pantalón largo, una musculosa blanca mugrienta y una camisa de mangas cortas sin abotonar, había cruzado la calle surcada por las huellas de los transeúntes, vehículos y animales de la zona que estaban casi petrificadas por la falta de lluvia, y en su afán por llegar lo más rápido posible hasta la orilla se tropezó con un pedazo de alambre que se había desprendido de uno de los palos de madera que marcaban donde terminaba la angosta y agujereada vereda de cemento que intermediaba entre el camino y el acceso al sendero que desembocaba en el área de descanso junto al riacho.

-¿¡Qué carajo pasa acá, Marito?! -el cuidador de caballos aun jadeaba por la brusca maniobra que acababa de hacer. Era un hombre pesado y con una abultada barriga, la cual le resultaba cada vez más difícil de ocultar bajo su habitual vestimenta.

-Nada, Don Cosme -Mario lo miró serio-. Acá, el porteño acaba de matar una culebra de agua.

-¿Y por qué tanto barullo? -Cosme se levantó ligeramente el sombrero que le ensombrecía hasta la nariz y les dirigió a los chicos parados a su alrededor una mirada severa, al tiempo que agitaba su mano derecha juntando las yemas de los dedos- ¿No saben que hay gente que está durmiendo la siesta?

Luciano, quien se había descartado del cascote apenas vio llegar a Cosme, bajó la cabeza y clavó la vista en el suelo. Callado, se rascaba su cabellera rapada. Sabía perfectamente que a esa hora de la tarde los vecinos descansaban en sus respectivos domicilios luego de haberse levantado temprano para trabajar y antes de retomar sus labores, una vez que las sombras comenzaban a ganarle espacio a los potentes rayos solares. Al menos así se comportaba su madre, Marta, y su padrastro, Luis, con quienes residía en una humilde vivienda con paredes de ladrillo hueco, revocadas pero sin pintar, ubicada en la primera hilera de casas con vista al riacho y en la que compartía habitación con Romina, su hermana dos años menor que él; mientras que el otro dormitorio estaba ocupado por la pareja.

-Perdone, Don -Mario tenía ambos brazos cruzados por detrás de la espalda, como si estuviese por entonar el Aurora o el Himno Nacional antes de entrar a clases o en un acto escolar-, pero vinimos para acá justamente para no hacer ruido en la canchita o en la calle.

-No importa que estén alejados, acá se respeta igual, eh -Cosme alzó el dedo índice derecho y lo acercó como un puntero a la frente de Mario.

¡Qué viejo hincha pelotas!, pensó el chico aguantándose la risa y bajando la mirada como Luciano, quien continuaba inmutable.

-¿Y vos, pibe? -el hombre se dirigió al mal llamado “porteño” porque éste nunca había vivido en la Capital Federal-. ¿No sabés que las culebras sirven como carnada viva? No hay que matarlas así.

Pero Luciano sólo se limitó a levantar lentamente su cabeza con sus ojos de café entornados y no le respondió.

-Estábamos jugando, nomás -Mario se volvió hacia Cosme con un gesto que procuraba pedir perdón, vaya uno a saber bien por qué, ya que la casa más cercana estaba a dos cuadras de allí.

-Ta bien, ta bien -el hombre asintió con la cabeza y en su rostro ya no se notaba un gesto tan adusto-. La próxima vez que agarren una, mejor la venden a los pescadores deportivos, como hacía yo a su edad.

Más relajados, los chicos ahora escuchaban atentos a Cosme, quien en el barrio era famoso no solo por cuidar caballos sino también por contar buenas historias, anécdotas divertidas, muchas de ellas producto exclusivamente de su imaginación, la cual había adquirido grandes dotes a partir del prolongado tiempo que el hombre pasaba completamente solo tanto en su hogar como en el trabajo.

-Me acuerdo que una vez pesqué una cabezona, bastante grande y con panza, así que en vez de venderla como carnada viva la maté para comerla. Y cuando la abrí para limpiarla encontré un sapo entero.

“Ohhh”, expresaron, a coro, los chicos, menos Luciano, quien no se mostraba para nada asombrado.

-Yo sabía que comían de todo un poco, especialmente peces chicos y basura que están el fondo del agua, pero jamás pensé que se podían comer un sapo entero. Es un bicho extraño, ¿no?

-¿Es verdá que hay algunas anguilas que electrocutan? -preguntó Mario.

Al advertir que la charla podía extenderse, Cosme buscó un tronco tirado en el pasto y se sentó sobre el mismo, en tanto que los chicos se acomodaron en el suelo, cerca de él, que hizo una pausa, se quitó el sombrero y echó un fugaz vistazo al cielo, el cual seguía totalmente despejado, como un deslumbrante manto celeste, en el que apenas se observaban perdidos en el infinito unas delgadas líneas negruzcas que pertenecían a unos pocos cables del tendido eléctrico.

-Claro que sí. Hay como veinte especies en el mundo y una de ellas puede descargar hasta novecientos voltios, lo que puede llegar a matar a una persona.

Luego, Cosme aclaró que la “culebra de agua” que Luciano acababa de matar no era “una verdadera anguila” ya que no pertenecía al orden de los “*Anguiliformes*” sino al de los “*Synbranchiformes*”, pero los chicos, confundidos, no entendieron de qué estaba hablando.

“La anguila criolla tiene un pariente cercano que se llama Morena y es bastante parecido, pero más grande. Pueden pesar hasta doce kilos y medir casi dos metros”, continuó Cosme con su monólogo.

El cuidador de caballos contó que este pez habitaba en rocas escarpadas y tenía una boca estremecedora, aunque su mordedura no era venenosa. Y también se utilizaba como carnada viva. “La conocí por primera vez cuando era un chico como ustedes y pasaba mis veranos en la costa de Punta Indio, en Buenos Aires, donde había muchos arroyos”, señaló.

“Unos alemanes que paseaban por ahí la pescaban con caña y después la cocinaban porque, según ellos, les hacía acordar a las anguilas que había en su país”, relató Cosme, quien había tomado un tallo del suelo y se lo había colocado en la boca,

cual escarba diente, y comenzaba a sentir la garganta reseca, lo que le despertaba un irrefrenable deseo de hidratarla con una bebida fría, preferiblemente alcohólica.

Por su parte, los chicos no estaban interesados en esas anécdotas sino en un incidente ocurrido unos meses antes y que había involucrado a un pariente de Cosme, quien nunca lo había reconocido públicamente y esta vez no fue la excepción. Y como ni siquiera Mario, el más temerario del grupo, se animó a preguntarle al respecto, el cuidador de caballos terminó hablando de lo que quiso hasta que notó que la audiencia ya no le prestaba atención y comenzaba a abandonar el lugar con las primeras sombras del atardecer, cuando los vecinos volvían a salir de sus casas para, en su mayoría, ir a pie o en bicicleta a realizar alguna compra de último momento para la merienda y la cena en algunos de los principales comercios situados al oeste, donde predominaban las calles de asfalto y los edificios públicos, entre los que se destacaban la Municipalidad, el correo, la comisaría, la parroquia y la única escuela primaria a la que asistían Luciano, Mario y compañía.

También había un sólo secundario, pero éste tenía su única sede en el norte de la localidad, ubicada a unos 10 kilómetros al Este de la capital de la provincia y en la que residían ocho mil habitantes, entre los cuales, aún quedaban unas pocas familias de las zonas rurales y barrios periféricos que se auto identificaban como “*vilelas*”, en referencia a la cultura de los pueblos originarios que habitaron esa región entre los Siglos XVI y XX, primero como nómadas, cazadores y recolectores; y luego como sedentarios que se dedicaban a la agricultura y la cría de ganado.

Por las calles de aquella localidad portuaria, una de las que conformaba el aglomerado urbano que rodeaba la capital de la provincia, se comentaba que una tarde del otoño, cuando iniciaba la temporada alta de pesca deportiva, unos gendarmes que

habían montado un puesto de control en el acceso a un pueblo ubicado al otro lado del río detuvieron la marcha de una camioneta conducida por un sobrino de Cosme, quien no pudo ocultar cierto nerviosismo, por lo que los efectivos comenzaron a sospechar y decidieron inspeccionar el vehículo ante la posibilidad de que se tratase de un caso de contrabando de estupefacientes, algo bastante común en las regiones cercanas a los cruces con países limítrofes.

Sin embargo, al requisar la camioneta no hallaron drogas sino una decena de tachos de 200 litros cada uno que contenían 15.000 morenas, 12.000 anguilas y 10.000 peces cáscara, cuya procedencia no pudo ser acreditada con la documentación reglamentaria por el conductor del vehículo.

Ante esta situación, los funcionarios se incautaron de las especies poniéndolas a disposición de la Dirección de Recursos Naturales para que se labren las actuaciones administrativas correspondientes y sean liberadas en su hábitat natural.

Por su parte, el sobrino de Cosme no fue detenido pero debió pagar una multa y se perdió de comercializar en el mercado de la pesca deportiva una carga valuada en unos 400 mil pesos.

Faltaban pocos días para Navidad y mientras en el barrio de Luciano resonaban los petardos con los que jugaban los más chicos como Mario y su pandilla, unos mil kilómetros al sur, más precisamente en el centro de la Capital Federal, tronaban las cacerolas de los manifestantes rebelados contra el Gobierno Nacional y su nefasta política económica, por un lado; y los disparos de las armas de fuego de los efectivos de las fuerzas de seguridad, por el otro.

Allá, en la lejanía, decenas de personas morían a manos de la Policía Federal y las protestas se replicaban en distintos puntos del país, sobre todo en forma de saqueos a

comercios. En cambio, a orillas del riacho y en los alrededores del puerto, la población local parecía ajena a esos terribles incidentes.

En total, fueron ocho días seguidos de enfrentamientos, el 85% ocurridos en el Área Metropolitana, región con la mayor densidad poblacional. Además de las muertes injustas e irreparables, hubo más de 800 saqueos con casi 4 mil detenidos, unos 600 civiles heridos y cerca de 180 policías lesionados. Sin dudas, uno de los momentos más oscuros en la historia de la nación.

-¡Qué barbaridad! -Marta golpeó las palmas de sus mandos sobre sus rodillas flexionadas mientras se encontraba sentada delante del televisor de comedor de su casa, mirando el noticiero central de las 20 emitido por una repetidora de uno de los canales de señal abierta que transmitían desde territorio porteño-. Luis, ¿vos viste lo que está pasando en la Capital? -gritó la mujer para llamar la atención de su pareja, que se hallaba en la cocina, el ambiente contiguo.

-¡¿Qué querés, Marta?! -reaccionó Luis luego de sacar una botella de cerveza de la heladera y apoyarla con fuerza en la mesa-. Ya no se puede tomar una birra tranquilo en esta casa -añadió en una voz tan baja que hasta quedó enmascarada por el ruido efervescente y latoso que él mismo produjo al abrir aquel envase de vidrio condensado, que goteaba sobre el mantel de plástico floreado.

Luis estaba cansado ya que recién llegaba a su casa luego de terminar su turno como operario en la planta de acopio de cereales y oleaginosas que pertenecía a una compañía extranjera y estaba ubicada sobre la avenida Costanera que bordeaba el riacho y que se conectaba, unos cuatro kilómetros al norte, con el puerto, el motor que daba vida a toda a localidad y sus alrededores.

Cientos de obreros trabajaban en ese inmenso predio, al tiempo que miles de toneladas de granos producidas en las provincias vecinas llegaban anualmente hasta la

terminal portuaria en un tren de trocha angosta que recorría unos 500 kilómetros y luego eran transportadas por el río hacia el extranjero. Y en gran medida fue gracias a esta actividad comercial que la población local había crecido un 25% en los últimos 20 años.

Previamente al auge de los silos de acopio, en los 70' y 80', la principal actividad había sido la fundición de plomo y plata proveniente del noroeste del país, y la mano de obra de la localidad había comenzado a desarrollarse alrededor de la misma, aunque a principios de los 90' las plantas del ramo fueron cerrando de a poco hasta desaparecer o convertirse en una especie de cementerio de metal dedicado al reciclado de chatarra.

Luis dio un largo sorbo a su vaso de cerveza y lo dejó prácticamente vacío junto a la botella, tras lo cual chancleteó sobre el piso de mosaico los pocos metros que distanciaban la cocina del comedor, separados apenas por una arcada.

La casa tenía un techo de chapa de metal con cielorraso y una cámara séptica ya que no había red de cloacas. Tampoco había gas natural, por lo que tanto la cocina como el termotanque tanque funcionaban con garrafa.

Pero más allá de esas carencias, Luis se sentía satisfecho porque era el único propietario del inmueble, tanto del terreno de 10 metros de frente por 20 de fondo, como de la construcción levantada con mucho esfuerzo sobre el mismo. Claro que le hubiese gustado tener una vivienda como la de sus padres, ubicada en la capital provincial y construida en los 60', con tres dormitorios, mampostería de cemento y techo de tejas. También le gustaban otras versiones más económicas, como las surgidas en los 70', con techo de losa en forma de media caña, pero se había tenido que conformar con menos.

Al menos, todavía queda espacio para construir en forma horizontal el día de mañana, pensaba él cada vez que planificaba su futuro junto a Marta, con quien deseaba tener hijos propios y no sólo criar los dos de ellas, fruto del matrimonio anterior de la mujer. “A veces, menos es más”, solía decirle ella en momentos en que había que

ajustarse el cinturón. Y es que Marta tenía experiencia en atravesar malas rachas como la que había vivido junto al padre de Luciano y Romina, Rubén Taboada, quien perdió su puesto de trabajo de toda su vida adulta cuando la fábrica de plomo cerró, lo que de alguna forma los forzó a mudarse al Gran Buenos Aires, donde el hombre tenía un primo que lo ayudó a reactivarse laboralmente.

De hecho, Luciano y Romina habían nacido en el sur del conurbano, pero Marta no aguantó demasiado allí y con el comienzo del nuevo siglo decidió separarse de Rubén y regresar a su provincia natal, donde ella tenía parientes que le dieron techo y comida hasta que conoció a Luis y rehízo completamente su vida.

Entrevistarme con Rubén para investigar sobre la historia de su familia me llevó a introducirme, inevitablemente, en la historia del sector siderometalúrgico de su provincia, la cual había sido calificada inicialmente como una “industria artificial” ya que en aquel territorio escaseaba el mineral de hierro. Pero su localización geográfica y la disponibilidad de carbón vegetal permitieron el desarrollo de varias empresas pertenecientes al ramo.

De todos modos, no dejaba de ser una provincia periférica, cuya estructura productiva se basaba históricamente en el sector agrícola, como la extracción de quebracho y algodón; además del carbón vegetal. Aunque también había un sector secundario como el textil y alimenticio.

Pero el sector primario, en especial, el referido al algodón, sufrió un declive pronunciado con la crisis de las economías regionales ocurrida en los 50', cuando el Estado Nacional decidió retirar la protección que tenían algunos cultivos y eso derivó en un aumento de la desocupación de la mano de obra local.

Por ello, en los 60', las autoridades provinciales comenzaron a buscar nuevas oportunidades productivas y así decidieron instalar una planta de arrabio hematite a base de carbón vegetal.

Fue un proyecto que recién se puso en práctica en los 70', cuando comenzó a funcionar la primera empresa siderometalúrgica. Y a mediados de esa década llegaron a abrir cuatro plantas, entre ellas, la que luego le daría trabajo a un joven Rubén, quien no había terminado de cursar sus estudios secundarios y aún no conocía a Marta.

Esta planta pertenecía a una compañía de capitales norteamericanos que se había instalado en el país en 1936 y que llegó a tener un predio de 100 hectáreas junto al riacho donde construyó 11.000 metros cubiertos entre edificios fabriles e instalaciones complementarias, contó con un ramal ferroviario, acceso directo a la ruta y una vía navegable.

Inicialmente, la planta tuvo capacidad para producir 8 mil toneladas por año de plomo refinado, la cual luego logró ampliar a 20 mil, por lo que empleó a 350 personas, 250 de carácter permanente.

Pero a finales de los 70', la compañía decidió reorientarse hacia el sector petrolífero, por lo que liquidó todos sus activos en el ramo minero-metalúrgico, lo que significó la venta de 30 empresas, entre ellas, la fábrica de plomo junto al riacho, la que fue adquirida por empresarios nacionales que se dedicaban a distintas actividades como la producción agrícola ganadera, el acopio de cereales, desarrollos portuarios y forestales, industria alimenticia y de cosméticos y limpieza, y hasta servicios financieros.

Sin embargo, a comienzos de los 80', el presidente de este grupo económico fue detenido en la Capital Federal como acusado de administración fraudulenta y fraude

agravado en perjuicio del fisco a través de la utilización de los depósitos de los ahorristas de un banco de su propiedad con fines de lucro personal.

A su vez, varias de las empresas de este *holding* estaban relacionadas crediticiamente con ese banco, el cual fue intervenido por el Central, por lo que al no poder cancelar sus pasivos cayeron en concurso de acreedores.

Eso fue exactamente lo que ocurrió con la fábrica de plomo que finalmente quebró y quedó administrada por la justicia. Y a esto se le sumó la crisis financiera en el sector industrial debidos a las políticas económicas aplicadas por la última dictadura militar que derivaron en una paralización de actividades en dicha planta y la suspensión sin goce de sueldo de sus trabajadores.

Los siguientes años estuvieron signados por la imposibilidad de adquirir materias primas y créditos bancarios, una incertidumbre total respecto al destino del grupo propietario, un marcado deterioro de las instalaciones, serias dificultades para exportar, una significativa reducción del mercado local e inundaciones en zonas aledañas a la fábrica, entre otros males.

“No pegábamos una”, resumió Rubén, quien no podía ocultar las cicatrices que aquella etapa había dejado en su alma, aunque al momento de nuestra entrevista tenía asuntos muchos más serios que lo atormentaban y le provocaban un dolor que parecía no tener fin.

Fue el siguiente gobierno democrático provincial el que acudió al rescate de la fábrica de plomo y de otras empresas locales del ramo caídas en desgracia al declararlas de “interés” para todo su territorio y otorgarles créditos accesibles a través del banco local.

Pero al estar declarada en quiebra, la planta no pudo acceder a esos créditos, por lo que Rubén y otros trabajadores, junto a personalidades de la provincia, impulsaron un

proyecto de ley para que la Cámara de Diputados avalase el otorgamiento de ese dinero que el Poder Ejecutivo ponía a disposición.

Pero la Legislatura provincial no aprobó el proyecto y sólo con la aparición de un nuevo dueño, la empresa logró reincorporar a 200 trabajadores (los otros 150 se habían empleado en otras actividades) y reactivar su producción, aunque no lo pudieron hacer con la fuerza de los años de gloria.

De hecho, el sindicato denunció que la empresa no asignaba tareas a los obreros, carecía de la materia prima necesaria e incumplía con las normas básicas de seguridad higiene, al punto que no contaban con red de agua en los sanitarios.

“No tuvimos otra que tomar la planta”, explicó Rubén y agregó que luego de meses de tensas negociaciones, los obreros acordaron con la empresa que ellos mismos iban a poner a funcionar la fábrica y que se distribuirían las ganancias como parte de pago de los haberes adeudados hasta ese momento.

Pero este esfuerzo de los trabajadores no se pudo sostener demasiado tiempo y a principios de los 90', la fábrica cerró definitivamente y se convirtió en un centro de reciclado de chatarra.

-¿Dónde está Luciano? -Luis se paró junto al sillón ocupado por Marta, quien mantuvo la vista en la pantalla del televisor que reproducía las imágenes captadas por un móvil del noticiero sobre los violentos incidentes en el centro de la Capital Federal.

-Debe estar en la pieza, con Romi -respondió la mujer volviendo ligeramente su cabeza hacia su pareja que miraba de reojo la caja boba-. Andá a fijarte -Marta acarició uno de los muslos de Luis, apenas cubiertos por un pantalón corto, deportivo, de esos que él utilizaba para jugar al fútbol los fines de semana con sus amigos y compañeros de la planta.

Luis caminó unos pasos hasta el dormitorio de los chicos y se asomó por la puerta entreabierta, pero sólo vio a la niña de ocho años jugando con sus muñecas, en el suelo.

-Che, Marta, Luciano no está acá -Luis frunció el ceño mientras que su hijastra ni se percató de su presencia y siguió jugando como si nada y hablando sola.

-¡Qué raro! -Marta se levantó del sillón y se dirigió hasta el mueble donde estaba el televisor y lo apagó-. ¿Cuándo vas a arreglar el control remoto?

-¡Dejate de joder Marta, por favor! -la voz de Luis llamó la atención de Romina, quien lo miró asustada-. Estás boludeando con la televisión, no empezaste a hacer la cena, ni siquiera sabés dónde se metió tu hijo y encima me rompés la bolas con el control remoto ¡¿Vos me estás jodiendo?! -Luis se alejó del dormitorio de la nena y fue hasta el comedor, donde quedó de cara a su mujer.

-Bueno, bueno, tranquilo, eh -Marta movió ambas manos con las palmas hacia abajo-. Vamos a buscarlo afuera, que seguro debe estar tirando cohetes con Marito y los demás chicos.

La pareja salió a la calle y entre la penumbra divisó un grupo de chicos corriendo en la esquina, seguido de un estallido y un chisporroteo que inmediatamente después dieron lugar a una pequeña nube de humo que se levantó de la tierra. Mientras se escuchaban también los ladridos de unos perros alterados.

-¡Marito!, ¡Marito! ¡Vení! -Marta llamó al chico a los gritos pero Mario no obedeció y prosiguió con su alocada carrera hasta cruzar de un salto el zanjón que bordeaba el camino y quedar parado entre los yuyos.

-Te estamos llamado, nene -señaló Luis con un tono grave y los brazos en jarra-. Vení que te queremos preguntar algo.

El vozarrón de Luis resultó definitivamente intimidatorio, por lo que el chico agachó la cabeza y caminó ligero hasta donde se encontraba el padrastro de Luciano.

-Marito, ¿lo viste a Luciano?

-No, Don Lui -el chico lo miró con cierto temor y se encogió de hombros.

-¿Pero no estaba jugando con ustedes? -intervino Marta.

-Estuvo con nosotros un rato y después dijo que se iba pa' la casa, y no lo vimos má.

-Pero a casa no vino -la mujer se pasó la mano derecha por la frente en la que alguno de los rulos de su cabellera recogida se quedaba adheridos a la piel pegoteada por el sudor-. ¿Dónde se habrá metido?

-No sé, doña. En serio -Mario torció la boca y abrió grande los ojos.

-Ta bien, ta bien, Marito -Luis palmeó al chico en la espalda-. Andá tranquilo, nosotros nos ocupamos.

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Marta a su pareja luego de que Mario se alejó a la carrera y se reunió con los otros chicos que lo esperaban en la esquina.

-Yo voy a buscarlo por el barrio y vos quedate con Romi en la casa por si vuelve

-Luis extendió su brazo y le señaló la puerta de su vivienda, desde donde la niña los observaba inquieta y temblorosa.

Luis pasó varias horas caminando por las calles, preguntando vecino por vecino si habían visto a Luciano, recorriendo la orilla del riacho a oscuras, pero no encontró ninguna señal de su hijastro; por lo que al regresar a su casa y advertir que el chico tampoco había vuelto allí, le sugirió a Marta que fuesen a la comisaría local a hacer la denuncia.

Con un inalterable gesto adusto y su hija tomada de la mano, la mujer se trasladó a pie y acompañada de su pareja hasta el destacamento policial, situado a unas diez cuadras de la vivienda, hacia el oeste. Mientras que en la casa, cuyos ingresos nunca se cerraban con llave como en el resto del barrio, se quedó una amiga suya que residía en la misma cuadra por si acaso Luciano decidía regresar mientras su familia estaba ausente.

En la comisaría permanecieron hasta casi la medianoche y de allí se llevaron apenas una vaga promesa de parte del único policía de turno de que con las primeras horas de luz natural, y el arribo de efectivos de otras dependencias de la zona, se iba iniciar la búsqueda del chico, tal como lo señalaba el protocolo para este tipo de casos.

Una vez en su domicilio, Marta se fue a acostar con su hija a la cama matrimonial pero en un primer momento, la mujer no quiso conciliar el sueño para estar alerta a cualquier novedad. Sin embargo, el cansancio la doblegó y finalmente se quedó dormida, abrazada a Romina.

Por su parte, Luis permaneció en el comedor hasta que se acabó la cerveza y no hubo nada más para ver en la televisión, y terminó desmayado al lado de su mujer y su hijastra.

El primero en levantarse de la cama apenas amaneció fue Luis, quien tenía que prepararse para ir a trabajar, en tanto que Marta se quedó recostada junto a su hija un rato más, despierta pero descansando la vista para tratar de ahuyentar un dolor de cabeza que la abrumaba y no la dejaba pensar con claridad.

Al salir del baño contiguo a su dormitorio y al de los chicos, a Luis le llamó la atención que la puerta de la segunda habitación estuviese cerrada, cuando él recordaba perfectamente que antes de irse a acostar la había visto abierta de par en par. De hecho, su memoria a corto plazo, castigada, pero no tanto, por la ingesta alcohólica de la noche

anterior, aún registraba haber visto cómo la luz de la luna se filtraba por la ventana de dicho ambiente.

Entre bostezos y lagañas, el hombre le dio un manotazo a la puerta de madera de aquel dormitorio, la cual se abrió abruptamente y al echar un vistazo al interior, su somnolencia se disipó más rápidamente que la bruma del puerto.

“¡Marta!, ¡Marta!, ¡vení rápido!”, exclamó Luis al observar que la parte superior de la cama marinera estaba ocupada por una persona que dormía como si nada.

Al escuchar a su pareja, la mujer salió de la cama de un salto y corrió hasta él, a quien halló parado junto a la cama y cruzado de brazos.

“¡Luciano!”, gritó Marta, atónita, ante lo cual, el niño que había estado durmiendo de costado y con la cara hacia la pared, giró sobre sus espaldas y entreabrió sus ojos achinados. “¡¿Dónde mierda te habías metido, nene?!”, lo retó la madre, quien se abalanzó sobre él y lo rodeó con sus brazos.

Mientras Marta y Luis masticaban bronca, Luciano los miraba como desconcertado, al tiempo que Romina se les acercó a la carrera, asustada por los gritos.

“Vayan a desayunar que yo me encargo de ir a avisar a la Policía que ya apareció”, fue la indicación del hombre antes de salir refunfuñando de la habitación. Otra vez tarde al trabajo, se lamentó mentalmente, dando pasos apurados y con la cabeza gacha.

Al iniciar la caminata hacia la seccional se le ocurrieron numerosas posibilidades respecto a dónde había estado Luciano durante la noche, pero ninguna tenía demasiado sentido para él, aunque rápidamente logró dominar la ansiedad que le provocaba esa incógnita al confiar en que cuando regresase a su hogar, la implacable Marta ya lo habría descubierto y se lo contaría.

Estos pensamientos se vieron interrumpidos a mitad del trayecto, primero cuando se cruzó con unos vecinos interesados en saber si Luciano había aparecido sano y salvo, y luego al toparse con un patrullero que recorría la zona y al que le hizo señas con la mano para que pare.

-Buen día señor Correa –el agente que conducía el móvil bajó el vidrio de la ventanilla y lo saludó amablemente-. Justo estábamos yendo para su casa ¿Alguna novedad?

-¡Qué casualidad! –Luis se apoyó sobre el parante de la puerta del conductor-. Justamente iba para la comisaría para avisarles que el chico apareció.

-¡Qué buena noticia! –acotó el agente que iba en el asiento del acompañante-. ¿Y el chico está bien?

-Sí, sí –Luis afirmó con ligeros movimientos de su cabeza-. No sabemos dónde estuvo pero está bien.

-Bueno, suba que lo llevamos para la casa –el conductor le destrabó la puerta trasera de su lado, a lo que Luis accedió y así emprendieron de inmediato el viaje hasta su domicilio.

Al arribar, Marta estaba en el jardín delantero junto a Romina y Luciano, quien señalaba con su brazo extendido hacia el terreno baldío lindero, el cual tenía varios árboles altos y espesos en el fondo.

-¿Qué pasó, Marta? –preguntó Luis luego de descender del patrullero y cruzar el tapial alto como el asiento de una silla que se ubicaba sobre la línea municipal de su casa y se atravesaba por el hueco donde debería haber un portón.

La mujer, parada a un costado del sendero que conectaba aquella entrada con la puerta principal del inmueble, tardó unos segundos en responder, sorprendida por la inesperada aparición de su pareja y de dos policías que iban un par de pasos detrás de él.

-Nada, nada –Marta procuró tranquilizar a Luis y también a los agentes-. Luciano me estaba contando que pasó casi toda la noche en la copa de uno de aquellos quebrachos colorados.

Luis se paró al lado del chico, incrédulo.

-La sacaste barata, eh –el hombre apoyó una de sus gruesas manos sobre la coronilla del niño-. Ese árbol mide como diez metros, si te caías te matabas.

Y mientras Luciano permaneció callado ante el comentario de su padrastro, los dos policías debieron esforzarse por disimular sus sonrisas. Sin embargo, antes de retirarse, los efectivos le preguntaron a Marta si quería que su hijo fuese revisado por un médico legista, a lo que la mujer respondió que no iba a ser necesario ya que ella ya lo había hecho y no le había detectado ninguna lesión.

Una vez que los agentes subieron al patrullero y se fueron, Marta tomó a Luis del brazo y le dijo cerca del oído:

-No aguanto más.

-¿Qué vas a hacer? –el hombre alzó el entrecejo-. ¡Ojo, eh!

-Voy a llamar a Rubén.

-Pero, ¿para qué? –repreguntó Luis más aliviado al intuir que la decisión que estaba por tomar la mujer no lo atañía a él directamente.

Marta miró de soslayo a su hijo, que ya había comenzado a jugar a las carreras con su hermana desde la puerta hasta el tapial al que se subían y bajaban de un salto, y bajó aún más el volumen de su voz:

-Para que se lleve a Luciano a vivir con él.

Esto va a traer cola, pensó Luis, quien prefirió guardarse su opinión ya que su mujer siempre se las ingeniaba para salirse con la suya.

Marta aguardó a que Luis regresara a casa del trabajo y le encargó que cuidase de Luciano y Romina, mientras ella se dirigió sola hasta el locutorio ubicado frente al colegio de los chicos para hablar por teléfono. Acompañada por el estremecedor estridular de los grillos, la mujer cubrió la distancia con paso ligero ya que quería volver cuánto antes para preparar la cena. Y fue tan breve el lapso de tiempo que le demoró la caminata que no pensó demasiado en lo que iba a decir. De todos modos, ya había tomado una decisión y no se iba a apartar de la misma.

-Hola, ¿Rubén? -Marta comenzó a hablar sin siquiera sentarse en la silla que había dentro de la cabina en la que hacía tanto calor que ella había decidido dejar la puerta abierta sin importar que el encargado escuchase su conversación.

-Sí, soy yo -respondió el hombre del otro lado de la línea-. ¿Marta?

-Sí, sí.

-¿Qué hacés? ¿Pasó algo con los chicos? -Rubén estaba acostumbrado a que su ex esposa lo llamase sólo por dos temas: dinero o hijos, o dinero para los hijos.

-No... Bah, sí -el titubeo llevó a Marta a sentarse finalmente en la silla-. En realidad, quería hablarte de Luciano.

-¿Qué hizo ahora? -la pregunta de Rubén denotaba una mezcla de resignación y cansancio.

-Resulta que anoche parecía que se había perdido, entonces avisé a la Policía, pero a la mañana apareció en su cama, como si nada, y me dice que estuvo toda la madrugada en su casita del árbol -resumió la mujer procurando no generar alarma ni dejar cabos sueltos.

-Bueno, Marta -se alivió Rubén-, tampoco es para tanto.

-Vos decís eso porque estás allá y no tenés idea de cómo vivimos acá.

-¿Y qué querés que haga?

Marta hizo una pausa y tomó aire.

-¿O me llamaste sólo para contarme la travesura de un nene de diez años? - insistió él.

-Rubén, esto es serio y estoy realmente preocupada por Luciano. Ya no sé qué hacer con él.

-Tenele paciencia.

-No pasa por ahí. Al nene no le gusta vivir acá. Y también te extraña. Por eso no me hace caso.

Rubén también extrañaba a Luciano, y a Romina, por lo que se le hizo un nudo en la garganta que por un instante le ahogó las palabras.

-Desde acá no puedo hacer mucho para ayudarlos a que estén mejor, Marta.

-Por eso quería pedirte que te lleves a Luciano a vivir con vos -la mujer soltó la bomba, la cual no explotó como ella temía.

-¿Y si no quiere?

-Si vos se lo pedís, lo va a hacer. Sos su preferido -procuró persuadirlo.

-Pero yo no tengo plata ahora para ir a buscarlo.

-Yo tampoco, eh.

-No te hagas la pobrecita, ¿sí? -se molestó Rubén-. Porque Luis tiene un buen trabajo con un buen sueldo, mucho mejor que el mío.

-Deja a Luis afuera de esto.

-Mirá, Marta: yo no te eché. Vos te fuiste solita y te llevaste los chicos. Y ahora te querés sacar a Luciano se encima.

-Yo no me lo quiero sacar de encima. Quiero lo mejor para él.

-No se nota.

-¡¿Vos te pensás que es fácil criar a un chico?! -Marta se puso de pie y la silla se desplazó hasta chocar contra la endeble pared de *durlock* revestido con alfombra de la cabina.

-Bueno, bueno, tranquilízate -Rubén bajó el tono para evitar males mayores-. Dame unos días para organizarme y te aviso, ¿sí?

-Ok.

-Y mientras tanto, ¿por qué no hablás con Luciano para ver qué le gustaría hacer a él?

-Vos sabés como es él, no es de andar contando lo que le pasa.

-Ya sé, ya sé -Rubén meneó la cabeza, la cual se reflejó en el espejo que colgaba de una de las paredes del living comedor que, a su vez, funcionaba como dormitorio.

La vivienda del hombre estaba ubicada en el fondo de un terreno, detrás de otra casa y con salida a la calle por un angosto pasillo lateral. Era una construcción más modesta que la que había compartido con Marta, la cual ambos acordaron vender cuando se divorciaron y cada uno se quedó con el 50% de las ganancias.

Y si bien con su parte no le había alcanzado para comprar algo más amplio, Rubén tenía planeado ahorrar para en un futuro llegar a utilizar el espacio libre del patio delantero que lo separaba de la vivienda delantera para construir otra habitación.

-¿Entonces quedamos así? -la tenaz voz de Marta hizo que el hombre dejara de proyectar y se concentrara en el presente.

-Sí, sí. Yo te llamé a la casa de tu amiga, como siempre- el cable del tubo del teléfono era tan largo que le permitió al hombre caminar hasta el baño contiguo a la cocina y cerrar la puerta-. Igual, te aclaro: que esto sea de prueba, provisorio, porque yo todavía estoy acomodándome a la nueva casa y no me sobra mucho espacio.

-Dale, dale. Lo vamos viendo -se tranquilizó Marta.

Cuando cortó la comunicación, Rubén se desplomó en su sofá cama, sintiéndose abrumado por la cruda realidad que indicaba que su relación con su ex esposa siempre había sido así de complicada, incluso cuando fueron una pareja joven y sin hijos, y vivían en el norte, antes de reubicarse en el conurbano.

De todos modos, lo que el hombre no sabía en ese momento es que lo peor estaba por venir...

Así ocurriría diez años más tarde, cuando se produjo una conversación con Marta en términos similares. Esa vez, la mujer volvió a llamar a su ex esposo para pedirle que se hiciera cargo nuevamente de Luciano, aunque en esta ocasión los motivos fueron diferentes.

Para entonces, el ex niño convertido en un joven mayor de edad llevaba dos años viviendo, otra vez, con su madre, luego de haber pasado toda su adolescencia junto a su padre y concluido el colegio secundario en el conurbano bonaerense, excepto cuando viajaba al norte para pasar su cumpleaños y las fiestas.

Mientras que su hermana Romina había adoptado el camino inverso y acababa de mudarse con Rubén para poder estar cerca de la Universidad Nacional. Ahora la joven ocupaba el antiguo dormitorio de Luciano que su padre finalmente había logrado construir en el patio, al tiempo que el hombre continuaba durmiendo en el sofá cama de la sala de estar.

Por su parte, Luciano había iniciado en los últimos meses de su segunda estadía junto a su madre una relación de pareja con una joven que residía con su familia en unos terrenos fiscales entregados por el gobierno provincial a personas con escasos recursos con la promesa de que luego les irían proporcionando los materiales para construir su propia vivienda.

Según Marta, quien ya tenía dos hijas con Luis de 7 y 9 años, Luciano pasaba la mayor parte de sus días en esos terrenos ubicados en la periferia de la capital provincial, ocupando un “rancho” sin luz, agua, gas ni cloacas y en medio de un asentamiento que se parecía a las villas del Gran Buenos Aires ya que desde el Estado no aportaban ni un sólo ladrillo para levantar una pared.

Pero para la mujer, el principal problema radicaba en que la pareja de su hijo decía estar embarazada y ella no le creía. De hecho, la había ido a buscar al asentamiento y no le detectó ningún indicio de gravidez a pesar de que la chica sostenía que ya estaba en la semana número doce. “Y si de verdad está embarazada, tengo mis dudas de que el padre sea Luciano”, le explicó a Rubén.

Y como si eso fuera poco, Marta le contó que a raíz del supuesto embarazo, Luciano se peleó con el padre de su pareja, por lo que esta relación se había quebrado casi definitivamente. “Nosotros no lo criamos para que viva de esta manera. Así que le voy a pagar el micro y lo mando para Buenos Aires”, le anunció la mujer a su ex esposo, quien, por su parte, nunca había vuelto a rehacer su vida amorosa, aunque sí había regresado a trabajar en el rubro metalúrgico para una fábrica de quemadores y hornallas que funcionaba desde los 60' cerca de su domicilio y empleaba a unos 200 obreros.

Si bien Rubén hacía una década que estaba lejos de su provincia natal, su segundo, o mejor dicho adoptivo, barrio también era humilde y con casas precarias como en muchos otros sectores del Área Metropolitana. Sin embargo, aquí podía vivir mejor que en el norte, donde la situación en materia habitacional se había tornado extremadamente crítica.

En el caso de la región que rodeaba a la localidad junto al riacho y el puerto, y que incluía la capital provincial y sus alrededores, había unos 380 mil habitantes que

ocupaban 100 mil viviendas y unas 4.000 construcciones precarias clasificadas como “ranchos y casillas”. En ese marco, unas 15 mil personas residían en las mismas paupérrimas condiciones que Luciano.

En total, de acuerdo al último Censo, en dicha área había 230 asentamientos en los que habitaba el 39% de la población de la región, mientras que en la Capital Federal, por ejemplo, había 16 villas de emergencias donde vivía una mayor cantidad de personas, pero con un índice de densidad poblacional mucho menor.

Para los especialistas porteños, esto demostraba una profunda brecha de desigualdad social y exclusión que tenía su raíz en la inequidad territorial, lo que hacía que los pobladores locales abandonasen la provincia en busca de un lugar mejor para vivir. Y esto, por ende, explicaba la escasa evolución poblacional.

Yo pude visitar el asentamiento donde vivió Luciano, aunque lo hice cuando su ex pareja y su supuesto hijo ya no residían allí. Sin embargo, noté que la cantidad de personas que habitaban ese lugar en las más precarias condiciones había aumentado considerablemente. De hecho, varias cosas habían empeorado en la región, incluso, en los barrios de la zona portuaria donde la planta de acopio de la multinacional había pasado a manos de una cooperativa de una provincia vecina luego de haber estado casi tres años inactiva.

Afortunadamente para Luis, él pudo reincorporarse a su trabajo con los nuevos propietarios de la planta, aunque no todos los pobladores corrieron la misma suerte, a pesar de que un nuevo gobierno nacional y popular había asumido en la Casa Rosada y aseguraba que lo peor ya había pasado y lo mejor estaba por venir.

El lado “B” del discurso me dio un cachetazo en el rostro cuando en el asentamiento me entrevisté con una anciana de 85 años, descendiente directa de los

vilelas y quien me ayudó a entender en carne y hueso un concepto que hasta entonces sólo había leído en los libros, el de “invisibilidad social”.

De acuerdo a uno de los textos que leí, este concepto se refería a un proceso socio histórico que tuvo como resultado la pérdida de visibilidad social de los *vilelas* como entidad colectiva diferenciada en su demarcación étnica, política, cultural y lingüística.

Siempre en base a este contexto, los pueblos originarios pertenecientes a la mencionada cultura eran pacíficos y terminaron por “*acriollarse*”. Primero se movilizaron de oeste a este en la franja norte del país y luego fueron desplazados de sus tierras y forzados a relocalizarse en reducciones y colonias estatales, o áreas marginales de centros urbanos, donde quedaron a merced de una integración social que los ubicó como una minoría que pasaba casi desapercibida para el ojo ordinario.

Se mezclaron tanto con otras comunidades originarias como con los “blancos” y comenzó a gestarse una subdivisión entre los más “puros” y los no tanto.

A pesar de ese contexto, dentro del área de influencia de la capital provincial, un grupo de familias extensas con estrechos lazos parentales mantuvo muchas de las pautas culturales tradicionales, cohesión política y organización comunitaria hasta la mitad del siglo pasado.

Una de las costumbres que se extendió en el tiempo fueron los rituales de los brujos o chamanes que invocaban a los espíritus para realizar curaciones. “Nosotros nos cuidamos también de nuestra propia raza”, me explicó la anciana, cuyas arrugas denotaban no sólo una exposición prolongada al sol norteño sino también décadas de sabiduría.

Según ella había un ritual que realizaban cuando era chica que servía para poder andar tranquilos por el campo, el agua o cualquier otro lado, y que constaba de

levantarse a las 4, sin importar que en invierno caían fuertes heladas, y bañarse en la orilla del riacho, tras lo cual, se prendía fuego una planta para hacer un humo que se llevaba “todo lo malo”.

Pero a partir de los 50', los padres dejaron de la hablar su lengua delante de sus hijos. La anciana, que vivía en el asentamiento con sus hijos desempleados y nietos que no asistían a la escuela más que para asegurarse una de las comidas del día, me contó que el desuso de la lengua fue para evitar que la gente los discriminara y, en ese sentido, su padre le decía: “Algún día vas a ir a buscar un trabajo y si hablás diferente no te lo van a dar.”

Evidentemente, los padres tenían miedo de que las demás se les rieran en la cara, por lo que decidieron hablar la lengua sólo entre ellos, a escondidas. Por ello, la misma quedó al borde de la extinción y sólo los mayores de 70 años la hablaban; incluso, con muchas restricciones por la falta de uso y también por la falta de texto y documentación.

“Nuestro padre nos hablaba en ‘castilla’ y nos obligaba a que le respondiéramos en ese idioma. Él hablaba perfecto la lengua y yo aprendí escuchando de oído”, recordó la anciana y agregó también en las fiestas o bailes estaba “prohibido” cantar en *vilela* porque había mucho “temor”.

Esa decisión de los jefes de familia de querer cambiar el rumbo de sus hijos derivó en la ausencia de una comunidad de habla en la que los que conocían la lengua no tuvieron con quien conversarla a pesar de contar con un importante caudal léxico en distintos campos semánticos como flora y fauna, ámbito doméstico, partes del cuerpo y términos de parentesco.

Sin embargo, estas familias llegaron a formar hasta principios del Siglo XXI unas 30 unidades domésticas que ocupaban tierras comunitarias donde practicaban ciertas pautas de cooperación o reciprocidad económica a través de la fuerza de trabajo.

Básicamente se dedicaban al cultivo a pequeña escala de algodón, mandioca, maíz y forrajeras, los cuales estaban destinados tanto al autoconsumo como a su comercialización; y también a la caza y recolección.

A su vez, alrededor de sus viviendas, estas unidades criaban aves de corral y cada familia podía poseer algunos caballos y cabezas de ganado vacuno. Y en algunos casos se realizaban, además, extracción de madera y leña, producción de carbón, ladrillos y artesanías.

Pero también había actividades fuera de estas comunidades, en las que los descendientes de los *vilelas* trabajaban de manera estacional en la agricultura, la ganadería y los obrajes, explotados como mano de obra barata e informal.

De esta manera, estos pueblos originarios llegaron a mostrar ningún signo visible que los identificara como tales, a vivir, en el mejor de los casos, con luz eléctrica y red de agua potable, pero en precarias viviendas con espacio insuficiente para albergar a familias numerosas, como la de la anciana.

Según ella, los hombres “más afortunados” podían conseguir un trabajo en la Municipalidad local o en la construcción, y las mujeres convertirse en personal de servicio doméstico. Pero estos representaban una porción ínfima dentro de la minoría.

Y quienes llevaban la peor parte eran los más jóvenes, que enfrentaban serias dificultades para insertarse primero en el sistema escolar y luego, como consecuencia de los primero, en el mercado laboral; por lo que terminaban recurriendo a los planes sociales que brindaba un Estado ciego ya que los invisibles no eran tan invisibles como se creía. Al menos, así lo pude comprobar con mis propios ojos de porteño adoptivo, distante y ajeno a lo que sucedía en territorios como los que Luciano y su familia habían recorrido durante tantos años.

II

Luciano salió de su casa con su mochila negra colgada del hombro rumbo a su trabajo. Vestía una campera de cuero sobre una remera de mangas cortas, un pantalón largo de jean ajustado y una gorra con visera, todo del mismo color que la mochila, al igual que los borcegués, aunque estos últimos se distinguían del resto porque tenían una etiqueta amarilla. Estaba fresco y era demasiado temprano para que el sol diese el presente. A pesar de la hora, en la avenida *Donato Alvarez* ya había movimiento de vehículos particulares y colectivos, aunque las maltrechas veredas de cemento alisado aún permanecían vacías de peatones ya que casi todos los comercios aún se encontraban cerrados.

Habitualmente, la caminata de nueve cuadras hasta la parada del *505 B* le demandaba unos 18 minutos, siempre y cuando, no hubiese demasiado tránsito para cruzar la siempre colmada *avenida Monteverde*.

Caminó apurado por la vereda de la mano en la que quedaba su casa y a través de la penumbra pasó por el frente de un local de venta de pañales que tenía una marquesina violeta con letras amarillas que llamaba mucho la atención en un barrio donde predominaba el gris. Al lado de comercio funcionaba una fiambrería y quesería con una cartelería menos llamativa y paredes pintadas de blanco y, seguidamente, una verdulería que ni siquiera tenía un cartel en el frente. Y los tres locales compartían un mismo techo de chapa de zinc en galería que cubría la vereda hasta el cordón, al tiempo que en la planta alta de cada uno de ellos se levantaban las viviendas particulares de sus respectivos dueños, de estilo americano, con paredes de ladrillos hueco que sostenían una losa de hormigón.

Luciano observó que sólo la verdulería había abierto sus puertas, aunque sólo se encontraban sus dueños acomodando los cajones de madera con mercadería que acababan de descargar de una camioneta *Traffic* blanca, a bordo de la cual habían regresado de comprar en el *Mercado Central*. Y a medida que avanzó se fue encontrando con una serie de cortinas metálicas bajas, como la del maxiquiosco y del taller mecánico contiguo.

Al llegar a la esquina donde se entrecruzaban las avenidas, Luciano se detuvo en la ochava de la parrilla/restorán/pizzería con una fachada púrpura y ubicada justo enfrente de una estación de servicios y en diagonal a una distribuidora de alimentos con una extensa playa de estacionamiento para camiones.

Allí aguardó el momento en el que el semáforo le indicase que podía atravesar la calzada y cruzó en dirección a la parada de colectivos ubicada sobre la avenida pero de la mano opuesta a la por la que él iba caminando.

En el trayecto cruzó unas siete calles perpendiculares con cuadras hacia su derecha que eran principalmente de tierra y a su izquierda con inmensos pozos que prácticamente borraban los últimos vestigios de una superficie que en algún momento supo ser de asfalto, un común denominador de las arterias secundarias de la zona.

El refugio de la parada estaba desierto y sólo se veía actividad en el *drugstore* situado a unos 10 metros y que estaba abierto las 24 horas. Luciano esperó un rato con las manos en los bolsillos de su campera hasta que llegó el colectivo que inmediatamente dobló a la derecha para tomar por una calle de un solo sentido y que corría en forma paralela a la avenida Monteverde.

A través de la ventanilla empañada, los pasajeros podían ver hileras de casa en planta baja que compartían medianera, en su mayoría con techo a dos aguas (de chapa o tejas coloradas) y rejas tanto en sus ventanas como en la línea municipal. Y aquel que

no podía pagar esas estructuras de hierro colocaba en el frente un alambrado con lona atada para que no se viera hacia el interior de la propiedad.

Los inmuebles más amplios tenían una especie de jardín delantero en los que no predominaban las flores sino manchas de pasto sobre los que se estacionaban autos usados, mientras que, en verano, los de mayores recursos solían colocar piletas de lona en esos patios.

Además de la hierba reseca, la flora estaba representada por algunos paraísos y sauces llorones distribuidos en la vía pública, en la que cada tanto se intercalaban entre las viviendas unos paredones recubiertos con una base de cal sobre la que se pintaban letras tamaño catástrofe con alusiones a dirigentes políticos locales, provinciales y también nacionales.

Después de haber vivido los últimos cuatro años en la casa de su padre, a Luciano ya no le llamaba la atención la falta de espacio ni la superpoblación de autos particulares, muchos de los cuales quedaban estacionados sobre las veredas de esa calle angosta por la que el colectivo transitaba casi sin paradas intermedias.

Luego de una “S”, el micro pasó por el frente de un complejo de bloques de tres pisos de departamentos que además de estar densamente poblado, en los horarios picos de la mañana, mediodía y tarde era escenario de un frenético ir y venir de alumnos, maestros y padres ya que en una de las esquinas del predio había una escuela primaria.

Después de los *monoblocks* volvieron a aparecer las casas bajas y veredas más arboladas y algunos terrenos baldíos. Y tras unas 15 cuadras el colectivo se topó con una plaza circular en cuyo epicentro funcionaba un sector con juegos para los más chicos, como hamacas, tobogán, calesita y pasamanos.

Al salir de la curva, Luciano, quien estaba ubicado en un asiento individual, miró extrañado un cartel negro atado con alambre al poste de alumbrado de la esquina

frente a la plaza y que decía “Peluquería Canina”. Debe ser nuevo, pensó él, a quien le gustaba particularmente ese barrio porque le recordaba el pueblo de sus padres junto al riacho, allá lejos, en el norte; además de que contaba con unos chalets muy vistosos.

Al arribar a la estación de trenes, los pasajeros se sacudieron la modorra matinal y se agolparon cerca de las puertas para descender rápidamente, pero Luciano decidió esperar a que primero se deshiciese ese amontonamiento innecesario.

La terminal ferroviaria resultaba un mundo entero para este joven ya que antes de poder acceder a los andenes había una extensa plataforma de cemento con múltiples refugios pintados de un color verde musgo donde paraba decenas de líneas de colectivos.

A esto se le sumaba que para llegar hasta la formación debía cruzar por arriba de las vías, a través de un puente peatonal que antes había sido de madera y ahora estaba reconstruido en hierro.

Gracias al servicio eléctrico inaugurado 12 años antes, el mismo tren pasaba por las nueve estaciones intermedias con la Capital Federal sin tener que hacer trasbordo a mitad del trayecto, como había ocurrido a principios de los 80'.

Fueron unos 43 minutos a bordo de un tren colmado, tanto de pasajeros de todas las edades como de vendedores ambulantes, lo que le demoró recorrer una distancia de 22 kilómetros y a medida que la formación fue avanzando desde el sur del conurbano hacia el noreste, los primeros rayos de sol se fueron filtrando cada vez con mayor intensidad en el vagón en el que Luciano viajaba parado y apretado.

Apenas descendió del tren, el joven se abrió el cierre de la campera para llegar más cómodo hasta la estación de subterráneos en la que la temperatura ambiente era aún más elevada y la ventilación notoriamente inferior, variables que se contradecían con el clima húmedo y ventoso, típico de media estación, que se sentía en las calles.

Mientras caminaba por el andén, arreado como ganado, Luciano sacó su teléfono celular de uno de los bolsillos de la campera para chequear la hora y observó que tenía un mensaje instantáneo de Vanesa: “*Te estuve esperando y como no llegabas me fui. Nos vemos después.*”

Este texto lo alertó de que estaba llegando tarde al trabajo, por lo que aceleró su marcha, la cual se vio favorecida por el sistema único de boleto electrónico que permitía hacer combinaciones entre un medio de transporte público y otro de forma más rápida y accesible ya que no había necesidad de pasar por las boleterías, siempre y cuando, la tarjeta magnética adquirida previamente por el pasajero tuviese saldo a favor para abonar los *tickets*.

De esta manera, Luciano se encontró en pocos minutos a bordo de un subte de la *Línea C* en el que también viajaba la mayoría de los pasajeros que habían estado con él a bordo del tren. Imposible perderse en esos horarios ya que sólo había que seguir a la masa de gente, aunque a muchos les resultaba una costumbre molesta e irritante. Y en ese escenario, el joven se sentía como una fiera enjaulada.

Si hubiese estado acompañado de Vanesa, quien llegaba a la misma terminal ferroviaria pero a través de otro ramal, seguramente ella le habría propuesto viajar en colectivo hasta la esquina del trabajo ya que si lo hacían en subte luego iban a tener que caminar seis cuadras y a la joven no le gustaba demasiado ir a pie. De hecho, solía esgrimir varios argumentos para no tener que caminar, los cuales dependían de determinadas situaciones como si hacía mucho calor o mucho frío, si llovía o si estaba oscuro y resultaba peligroso.

Luego de seis minutos y cuatro paradas intermedias, Luciano descendió de ese primer subte y caminó bajo tierra hasta la combinación con la *Línea A*, a bordo de la cual pasó de largo por otras ocho estaciones, lo que le demandó un cuarto de hora más.

Al salir a la superficie, las sombras de los altos edificios que rodeaban la *avenida Rivadavia* desafiaban la rotación de la Tierra y promovían un inesperado retorno de la madrugada, al menos por un rato, en el que las luces de neón de los carteles electrónicos de los comercios ya abiertos se mezclaban con las de los faros de los colectivos y autos particulares y se fundían en un solo brillo multicolor que obnubilaba la vista de Luciano, quien caminaba con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha y mirando de reojo a los transeúntes con los que se cruzaba.

Playas de estacionamientos, puestos de diarios, bares, gimnasios, farmacias, tiendas de ropa, bancos, mercados, kioscos y frentes de edificios de departamentos desfilaron por ambas veredas hasta que la avenida cruzó las vías del tren (perteneciente a la línea que unía la Capital con el conurbano de Este a Oeste) por un puente elevado cuyos muros estaba repletos de *graffitis*.

En cada mitad de cuadra había un contenedor de residuos y cerca de las esquinas funcionaban las paradas de colectivos. Mientras que al llegar a las ochavas los vehículos comenzaban a formar fila delante del semáforo en rojo.

El sanatorio en el que Luciano trabajaba en las tareas de limpieza para una empresa privada estaba ubicado en una calle angosta de una sola mano y tenía una plaza arbolada en la esquina, donde también funcionaba una boca nueva de subte, que pertenecía a una línea que él no podía combinar con las otras dos, por lo que dicha estación le resultaba absolutamente indiferente.

El edificio tenía dos plantas, excepto por una torre central de seis pisos que se levantaba justo arriba del *hall* de entrada, al que se accedía por unas anchas escalinatas que contaban con barandas metálicas a los costados y también en el centro, pero no así una rampa para discapacitados.

Todo estaba pintado de un color originalmente claro (parecido a un *beige* o *champagne*) pero bastante opacado por las manchas de humedad que denotaban que la edad de la construcción eran tan avanzada como la desidia y falta de recursos de quiénes lo administraban.

Alrededor del sanatorio, que ocupaba media manzana, había un sector sembrado con pasto y algunas plantas y arbustos bajos, mientras que en el lateral que daba a la avenida funcionaba el estacionamiento para el personal médico y las autoridades de la entidad, que había sido inaugurada a fines de los 50' y dependía del área de Salud del Gobierno de la Ciudad.

Justo antes de entrar, Luciano miró la hora en su celular y confirmó lo que se temía: desde que salió de su casa hasta llegar allí habían pasado dos horas, lo mismo que le iba a tomar el viaje de regreso. Sólo en raras ocasiones lograba bajar esa marca, pero no mucho. Tal vez cinco minutos, no más. De todos modos, el joven ya estaba resignado a pasar más de la mitad del día afuera de su casa. “Nosotros somos personas que nos podemos adaptar a cualquier cosa”, le había explicado su padre hacía varios años, cuando él recién empezaba a viajar diariamente a la Capital luego de haber regresado del norte. Es que Rubén sabía que a su hijo le iba a costar acostumbrarse a tan largos trayectos ya que hasta ese momento toda su vida había transcurrido en los alrededores de su domicilio, tanto en el norte con su madre como en el conurbano.

Cuando Luciano llegó hasta al segundo subsuelo donde funcionaba los vestuarios en el que los empleados tenían sus respectivos casilleros, Vanesa ya se había vestido con el uniforme de la empresa de limpieza (se asemejaba bastante al de las enfermeras) y recogía de una oficina contigua que se utilizaba de depósito todo lo necesario para desarrollar las tareas que les habían asignado a ambos en la unidad coronaria del primer piso.

-¿Te quedaste dormido, Luchi? -la joven morena y robusta lo miró sonriente cuando pasó apurado hacia el sector de los vestidores subdivididos en dos: uno para hombres y otro para mujeres, los cuales estaban separados por un pequeño distribuidor como el de los baños públicos.

-No, no -Luciano negó con la cabeza mientras se quitaba la campera y se introducía en el vestuario, al tiempo que la joven se quedó esperándolo en el pasillo junto al distribuidor, a escasos metros de distancia, también oficiando como una especie de “campana” por si aparecía la supervisora para retarlos por la demora.

-Al final no vine en subte, me tomé el colectivo que me deja en la esquina - Vanesa apoyó en el suelo el canasto plástico en el que cargaba los productos de limpieza, trapos, un rollo de bolsas de residuos y los guantes de goma, y el lampazo contra la pared, y se recogió la cabellera bien tirante, lo que dejaba al descubierto su amplia frente en la que aún quedaban algunas marcas del pasado acné adolescente.

-Está bien -Luciano estaba sentado en un largo banco de madera y se aprestaba a cambiar de pantalón.

-Che, Luchi -Vanesa habló casi a los gritos aprovechando que no había más nadie presente ya que todos los demás empleados de ese turno ya estaban trabajando-. ¿Por qué cuando venimos en colectivo vos te bajás antes?

-Porque me gusta caminar -el joven ahora se colocaba la camisa del uniforme sobre su remera blanca.

-¿A esta hora y por este lugar?

-Lo hago para despejarme -Luciano se asomó por la puerta del sector del baño llevando en las manos las zapatillas deportivas que solía combinar con el uniforme-. Esperame que ya termino.

-Dale, nene -lo espetó ella al tiempo que volvió a tomar el lampazo por el mango y el canasto-. ¿Trajiste ropa para vender?

-Hoy no porque a mi hermana no le llegó mercadería nueva -Luciano salió del vestuario con las zapatillas puestas y le arrebató a Vanesa el canasto en el que se agitaron los recipientes que rebalsaban de líquidos con tonalidades llamativas y que desprendían aromas cítricos y florales que se mezclaban con el inconfundible e intenso olor a lavandina.

-Mejor así, porque el otro día te la pasaste tratando de convencer a las enfermeras y no hiciste nada -Vanesa amagó con pegarle con el mango de madera-. Me dejaste todo el laburo pesado a mí -cerró ella la broma, aunque a Luciano no le causó demasiada gracia.

Rubén estaba parado, con una pierna estirada y la otra semi flexionada y cruzada detrás de la primera, junto a uno de los extremos del mostrador, cerca de la puerta que conectaba el *buffet* con la cocina del club *17 de Febrero*. Todavía llevaba puestos los zapatos de seguridad que utilizaba en la metalúrgica y tenía los brazos cruzados sobre el pecho y su espalda apoyada sobre la tabla de madera en la que se entregaban las bebidas y alimentos, algunos de los cuales eran exhibidos en una estantería cerrada de vidrio como los alfajores, medialunas y sándwiches de jamón y queso.

Desde que Romina se mudó con él, sumado a que Luciano ya era un chico independiente, el hombre había adoptado como costumbre que una vez finalizada la jornada laboral, en vez de ir directo a su casa primero pasaba por el club, que le quedaba de paso y a pocas cuadras de distancia. De hecho, sólo tenía que bajar de colectivo un par de paradas antes.

Para Rubén, el 17 de Febrero era como su segundo hogar, en el que pasaba las tardes de sábado jugando al fútbol con sus amigos. A veces, también peloteaba los domingos a la mañana, aunque rara vez lo hacía los dos días seguidos dado que su estado físico ya no soportaba tanta exigencia como solía hacerlo en sus años de juventud. Claro que también influía que los sábados trabajaba hasta el mediodía y eso implicaba arrancar cansado el fin de semana.

Rubén enderezó el tronco y al moverse hacia adelante el taco de la gruesa suela de su calzado golpeó el zócalo de la barra, hecho con recortes de la misma cerámica esmaltada que cubría el resto del piso del salón principal del club, en el que acababa de terminar una reunión de vecinos con el nuevo comisario local y un concejal del municipio que había sido electo en a fines del año anterior. Mientras los principales referentes del encuentro habían estado sentados alrededor de amplias mesas redondas de una fórmica oscura, él había preferido escuchar de pie y a cierta distancia, casi sin intervenir, excepto para aplaudir la exposición de Héctor, su compañero de equipo y, a su vez, presidente de la subcomisión de fútbol infantil del establecimiento, y quien ahora se le había acercado en medio de la desconcentración.

-¿Y? -Héctor se acodó en la barra, a escasos centímetros de la posición de Rubén-. ¿Qué te pareció?

El padre de Luciano inclinó ligeramente la cabeza hacia un costado, y permaneció en silencio. Tal vez, no se animaba a decirle a su amigo que le había parecido “más de lo mismo”, como cada vez que se había desarrollado una reunión para tratar los problemas del barrio, como la inseguridad en la vía pública, la falta de obras públicas en materia de cloacas, asfalto, alumbrado público y espacios verdes, la pésima recolección de residuos (en las calles de tierra y/o secundarias era casi inexistente, por lo que se generaba un basural en cada esquina) y, sobre todo, los desbordes del arroyo

ubicado a pocas cuadras de la sede, lo que ante cada lluvia intensa y prolongada generaba inundaciones y calles anegadas. Un verdadero trastorno para los vecinos.

-Sí, ya sé -Héctor palmeó a Rubén en el hombro como si le hubiese leído el pensamiento-. Pero, ¿qué querés? Algo hay que hacer...

Rubén confiaba en la palabra de Héctor, a quien admiraba, en especial, por los logros que éste había obtenido para el club en los torneos de fútbol organizados por la Federación Argentina de Deportes Infantiles (FADI), conformada por decenas de clubes de todo el país que se dividían en categorías por zona geográfica. Y en ese marco, el 17 de Febrero disputaba los certámenes de la región conurbano sur, en la que había logrado, bajo la conducción de su amigo, un campeonato, un segundo puesto y tres terceros lugares en los últimos cinco años.

-Tenés razón -sonrió Rubén-: peor es nada.

Héctor asintió con la cabeza calva, sobre la que se reflejó el brillo de las luces artificiales que colgaban de un cielo raso de machimbre barnizado que le aportaba cierta calidez a un salón que se completaba con paredes blancas, del mismo color que las cortinas y las aberturas de chapa. En tanto, un ventilador negro amurado en un costado resaltaba como una mosca en la leche.

-¿Jugás mañana o todavía te duele la pierna? -el presidente de la subcomisión de fútbol se burló de su compañero-. Mirá que vos sos el corazón del equipo, eh.

-¿Tan importante soy?

-Claro que sí -Héctor intentó mostrar un rostro más serio a contramano de su habitual actitud risueña-. Tan importante como lo es este club para el barrio -agregó señalando una de las columnas del salón en la que se exhibía una lámina detrás de un vidrio enmarcado.

“El club de barrio fue, es y será una institución imprescindible en la que los valores de la amistad, la fraternidad y el interés comunitario se incorporan y fortalecen en los chicos, ofreciendo no sólo un lugar para la práctica deportiva sino también un referente de identidad colectiva que los contiene y abriga desde la infancia. Para quienes crecimos en un club de barrio, el club siempre será nuestra casa. Sobre todo en las crisis sociales más profundas cuando el club sigue de pie, siendo hogar y escuela para que los valores de la solidaridad y el compromiso por el otro se mantengan en alto. Los clubes somos nosotros; en ellos se escribió parte de nuestra historia y en ellos construimos los caminos que transitan nuestros hijos. Y en cada instante que le dedicamos, homenajeamos a los pioneros que hicieron este lugar que hoy nosotros disfrutamos. Los clubes tienen que ser parte fundamental de las políticas de protección y desarrollo que el Estado implemente para brindar bienestar a la comunidad porque la función social es su razón de ser, su origen y su fin”, se podía leer en aquella lámina.

Rubén se sabía aquellas palabras de memoria. Se las había aprendido apenas se hizo socio del club, hacía muchos años, cuando se radicó en aquel barrio luego de separarse de su ex esposa y alojarse en su nueva casa de soltero.

-Me parece que estás exagerando, Héctor -el padre de Luciano volvió a sonreír y sus ojos se achinaron hasta prácticamente cerrarse por completo.

Por su parte, el presidente de la subcomisión de fútbol infantil largó una risotada, la cual interrumpió abruptamente cuando vio que se le acercaban el comisario Rojas, vestido con su uniforme azul, y el concejal Molina, quien llevaba camisa y suéter, un pantalón de vestir y unos zapatos náuticos.

-Vení, acompañame -susurró Héctor, quien tomó a su amigo del brazo-. Vamos a mostrarle la cancha al *comisa* que, además de estar hace poco en la *taquería*, ni siquiera es de la zona, así que no conoce nada.

-¿Y el concejal? –Rubén habló por lo bajo y cerca del oído de Héctor-. Porque es la primera vez que lo veo a él también por acá.

-Tenés razón: Molina anduvo de recorrida por el barrio pero desde que asumí en diciembre nunca había venido –respondió Héctor torciendo la boca-. Haceme la gamba, ¿sí?

-Ok, dale -aceptó Rubén intentando ocultar el disgusto que le generaba a esa altura del día haberse levantado a la cuatro de la madrugada, tomado dos colectivos y trabajado hasta las seis de la tarde.

Instantes después, Héctor introdujo al jefe policial y el edil ante Rubén, quien saludó con un apretón de manos a cada uno y los acompañó hasta el sector lindero al salón donde estaba la cancha de fútbol bajo un techo de chapa con forma cónica que se levantaba a dos pisos de altura, que estaban separados por un balcón sostenido por columnas de hormigón y desde donde se tenía una excelente vista de los partidos, como si fuese la tribuna de un estadio profesional. De hecho, cuando se disputaba un encuentro importante, el público local colgaba banderas de aliento desde ese balcón, al que se accedía por una escalera situada del lado que se conectaba con el *buffet* y la cocina.

Se trataba de una canchita con piso de baldosa gris, rodeada de paredes pintadas de blanco con vivos celestes y azules, como la camiseta y el escudo del club, mientras que detrás de uno de los arcos había una puerta doble que conectaba con otra cancha al aire libre, la cual tenía suelo de tierra, lo que impedía que se jugase con lluvia.

A su vez, esta última tenía mayores dimensiones que la techada (una típica cancha de fútbol de salón) y era utilizada principalmente por los socios e invitados mayores, como Rubén.

-Está lindo el club –el comisario Rojas asintió frunciendo los labios, lo que pareció ampliar el volumen de su tupido bigote, perfectamente cortado y morocho como su cabellera, la que no evidenciaba, a simple viste, ninguna cana.

-¡Gracias! –Héctor estaba parado junto a uno de los arcos de la cancha techada, con los brazos en jarra y mirando a su alrededor, como si él fuese el invitado recién llegado al barrio y que visitaba por primera vez el club.

-Por lo que veo –intervino el concejal con las manos en los bolsillos de sus pantalones-, sólo hay fútbol para varones, ¿no?

-Sí, sí –Héctor miró a Rubén, quien bajó la cabeza y permaneció callado-. Pero no somos una entidad machista –aclaró-. Nos gustaría tener actividades para las chicas pero lamentablemente no tenemos los recursos necesarios.

-¿Y la cancha techada? ¿No se la podría utilizar para básquet, vóley o *hándbol*? –insistió el concejal.

-Podríamos colocar aros, redes y comprar pelotas nuevas, pero no podemos pagarle el sueldo a los profesores adecuados para dictar las clases.

-Pero en fútbol sí...

-Es que en fútbol los profes trabajaban *ad honorem*.

-Entiendo.

-De todos modos –intercedió Rubén luego de armarse de coraje-, las mujeres vienen seguido al club con sus hijas para compartir otras actividades, como organizar festejos de cumpleaños, bingos y rifas para recaudar fondos, y también asistir a los vecinos que son evacuados ante cada desborde del arroyo.

-Y los días en los que hay partido por el torneo las madres de los chicos que juegan montan ferias americanas de ropa y venden comida y artesanías –acotó Héctor, animado por el apoyo de su compañero.

-Qué bien –expresó Rojas, de compromiso.

-Me comentaba una vecina –retomó Molina- que después de la crisis de 2001 en el club se reunía la gente de este y otros barrios para subsistir a través del trueque.

-Tal cual. Fue así –confirmó Héctor, quien recordaba aquella época como una de las más difíciles en la historia del 17 de Febrero ya que los socios ni siquiera tenían el dinero suficiente para pagar la cuota correspondiente. Sin embargo, ninguno de los morosos fue echado, por el contrario, se les abrió las puertas para que no fuesen marginados también de su querido club.

Y fue ese espíritu solidario el que le permitió sobrevivir a una humilde institución cuyo nombre homenajeaba la fecha en la que a fines del Siglo XVIII la Orden Franciscana de Buenos Aires adquirió los terrenos, hasta entonces deshabitadas y tapadas de cardales, en los que instalarían una serie de chacras que luego pasarían a manos de los primeros dirigentes políticos constitucionales de la provincia y finalmente se convertirían en la piedra fundacional de la localidad en la que el primer loteo se realizó en 1949, en pleno auge del peronismo.

Por eso, “El General” Juan Domingo Perón estaba presente en cada rincón del partido: en la nomenclatura de las principales calles, de los centros de salud, de numerosas escuelas y otras oficinas públicas. Y lo mismo ocurría en los demás municipios de la zona sur del conurbano que también fueron fundados en aquella época.

Por su parte, el comisario Rojas se sentía un poco extraño en esa región ya que había hecho toda su carrera policial en el ámbito de la capital de la provincia, la segunda ciudad más importante del Área Metropolitana después de Buenos Aires y donde él residió toda su vida junto a su familia.

-¿Qué le parece el barrio? –Héctor se ubicó a la izquierda del jefe policial, quien a su derecha estaba secundado por el concejal Molina, con el que había comenzado a

caminar lentamente hacia el salón del club, atravesando la cancha de fútbol techada por la que corrían unos chicos que pateaban una tapita de gaseosa.

-Todavía estoy conociéndolo –respondió el comisario mirando hacia el frente, en dirección al nutrido grupo de personas que aún se encontraban en el salón, probablemente esperándolo a él.

También cabía la posibilidad que entre los presentes estuviese algún periodista local con intenciones de entrevistarlo tanto a él como al concejal, quien estaba más acostumbrado a la publicidad, aunque su partido prefería la difusión a través de las redes sociales en vez de cara a cara.

-Gracias por haber venido –insistió Héctor tratando de atenuar la rigidez del comisario-. La gente está realmente preocupada por la seguridad.

-Mire –el jefe policial detuvo la marcha y se volvió hacia él-: en esta localidad viven ochenta mil personas y sólo hay dos comisarías para cuidarlas a todas. A mí me toca estar en la seccional con jurisdicción en este barrio y voy a hacer todo lo posible para cumplir con mi deber.

-Entiendo –afirmó Héctor, con un rostro tan serio como el de Rubén, que había quedado detrás de él.

-Como dije en la reunión: estos encuentros son muy importantes porque le permiten a uno tomar nota de casos puntuales ya que muchos vecinos, no sólo en este barrio sino en todos, no se acercan a la comisaría a hacer las denuncias correspondientes –Rojas miró de reojo al concejal, que lo escuchaba atento-. Así, podemos evacuar las dudas necesarias y saber los lugares precisos dónde tenemos que hacer los patrullajes.

-Y a través del municipio –intervino el concejal airoso- la Policía puede contar con el apoyo de nuestro personal de seguridad y sus recursos, y también gestionar con el gobierno nacional el refuerzo de efectivos de Gendarmería Nacional y Prefectura Naval.

-Toda ayuda que se reciba en pos de mejorar la seguridad del barrio es bienvenida –le agradeció el comisario.

-La clave –Molina se corrió unos pasos hacia un costado y se dirigió a Héctor y Rubén- es la articular con los vecinos y otros sectores del barrio para que entre todos podamos resolver los problemas de la gente. Por eso estamos hoy acá.

-Nosotros vamos a hacer nuestra parte –Héctor estiró su brazo para estrechar la mano del concejal-. Se lo aseguro.

-Y nosotros también –Molina apretó con fuerza la ancha y gruesa mano del subcomisionado de fútbol, quien siempre se había caracterizado por darle buen uso a sus miembros superiores como arquero-. Quédese tranquilo que le voy a llevar al intendente el planteo de los vecinos, en especial, sobre las inundaciones.

-Por favor. Ése es otro grave problema para todos nosotros.

-No se preocupe –Molina soltó al fin la mano de Héctor-. Esta gestión se comprometió desde un principio en hacer las obras necesarias para mejorar la calidad de vida de la mayor cantidad de personas. De hecho, creemos que dentro de tres años, el noventa por ciento de los vecinos contarán con agua de red y cloacas.

-Y no se olviden de la droga –intercedió Rubén.

-Por supuesto que no –el concejal no se sobresaltó por el comentario ya que parecía tener una respuesta para todo-. Nuestra gestión está comprometida con la lucha contra ese flagelo, respaldamos a los padres de adictos y seguimos las directivas de nuestra gobernadora, que es una leona que se enfrenta a todas las mafias.

Este tipo me habla como si estuviera en una conferencia de prensa, pensó el padre de Luciano mientras que a su lado, Héctor tuvo la sensación de que estaban escuchando la grabación de un discurso de campaña. Sin embargo, al ver a su alrededor

se dio cuenta enseguida que la realidad sonaba bastante distinta, muchas veces desafinada, como una canción fuera de tono.

Es más, antes de retirarse, tanto el comisario Rojas como el concejal Molina fueron abordados por una periodista del canal de televisión local que les hizo unas preguntas para el noticiero y ambos brindaron exactamente las mismas declaraciones que habían dado minutos antes en la cancha de fútbol, lejos de la cámara.

Yanina llevaba puesta una remera musculosa que no sólo le dejaba al descubierto gran parte de los hombros sino también una buena porción del abdomen alrededor del ombligo. A pesar de ello, su piel trigueña estaba cubierta de sudor y la temperatura de su cuerpo iba en franco ascenso. Tal vez se debía a que se encontraba en un ambiente cerrado y repleto de personas que se rozaban permanentemente con ella y entre sí. Tal vez eran las potentes luces artificiales que alumbraban desde el techo, las columnas y las paredes. Tal vez estaba atravesando un cuadro de deshidratación derivado de un excesivo consumo de bebidas alcohólicas. O tal vez era una suma de todo ello. Lo concreto es que la joven comenzó a marearse y no aguantó más, por lo que se despidió de las chicas que la acompañaban en el medio de la pista de la discoteca y decidió marcharse a su casa, sola.

Eran alrededor de las 5 de la madrugada del viernes y Yanina caminaba por la vereda de un boliche ubicado a unas 20 cuadras de su casa, en pleno centro comercial donde por varias cuadras sólo había locales cerrados y grupos de transeúntes jóvenes que se movían con frenesí, a los empujones, gritando, cantando y portando botellas y vasos de distintos tamaños y contenido líquido. También se escuchaban insultos y se observaban algunas corridas. Nada a lo que ella no estuviese acostumbrada. Más aún los vecinos de los alrededores, cansados de reclamar a la Policía medidas de prevención

para evitar estos incidentes que se desataban todos los fines de semana y no sólo alteraban el orden público sino que dañaban la propiedad privada.

De hecho, unos cinco años antes, cuando ella recién había egresado del colegio secundario, había concurrido al mismo boliche, que en aquel entonces tenía otro nombre, un domingo a la madrugada en la que dos patotas se tomaron a golpes de puño y patadas, por lo que fueron expulsados del local. Y cuando parecía que una vez afuera los ánimos se calmarían, ocurrió todo lo contrario, ya que se reanudó la riña y en media de la misma uno de los jóvenes extrajo un arma blanca de entre sus ropas y apuñaló a otro varias veces por la espalda.

Lo que había comenzado como una pelea más se convirtió en una batahola tremenda, en la que debió intervenir la Policía que auxilió a la víctima, quien fue trasladada de urgencia en una ambulancia del servicio médico municipal hasta el hospital local en el que el herido salvó su vida de milagro.

A pesar del accionar de los efectivos policiales no hubo ningún detenido por ese intento de homicidio ya que todos los que participaron de la pelea escaparon a la carrera al ver los primeros reflejos azules de las sirenas de los patrulleros. Huyeron incluso quienes acompañaban al muchacho apuñalado, quien se quedó solo, tirado a mitad de la calle y todo ensangrentado.

Ahora, Yanina transitaba a paso lento e irregular por el costado de la calle 844 en dirección a la avenida Perón. La envolvía un sopor que lentamente se fue disipando con el aire frío que soplaba en la vía pública y que le fue secando el sudor sus brazos, los que acababa de cubrir con un saco de hilo que tuvo atado a la cintura mientras estuvo dentro del boliche ya que no le alcanzaba el dinero para abonar un guarda ropa.

A medida que avanzaba en su recorrido, la claridad mental fue creciendo en detrimento de su fortaleza física, en especial, en los músculos de sus piernas vestidas

con un pantalón de jean ceñido y con agujeros, por lo que al llegar a una esquina se recostó contra la persiana metálica de un local comercial para descansar y recuperar energías. “No puedo más”, se dijo con voz débil, resignada, sin saber cómo iba a hacer para continuar con la mitad del camino que le quedaba por delante.

Con los ojos entreabiertos, la joven alcanzó a divisar a un hombre joven vestido completamente de negro en la parada de colectivos ubicada al otro lado de la avenida. Esta persona llevaba una mochila y gorra del mismo color que su ropa y la miraba fijamente, con las manos en los bolsillos de su campera. Yanina echó un rápido vistazo a su alrededor y advirtió que en la cuadra estaban solos ella y él, y eso la asustó. Juntó fuerzas como pudo y trató de reincorporarse, y en ese momento aquella figura masculina oscura cruzó velozmente la calzada. Ella intentó ponerse de pie pero no lo logró y sólo atinó a quedarse sentada contra la cortina metálica, entregada a su suerte.

-¿Qué hacés acá, Yani? -la voz le resultó familiar a la chica, que sintió un alivio que la devolvía a la vida.

-Luciano -Yanina estiró ambos brazos hacia adelante como implorando que su vecino la levantase del suelo. Todavía temblaba.

-¿Estás bien? -Luciano tomó a la chica con ambas manos y la ayudó a pararse con un ligero empujón.

-Sí, sí -asintió ella y luego lo saludó con un beso en la mejilla-. Gracias.

-¿Qué te pasó? ¿Te asaltaron?

-No, no -Yanina sintió que su cuerpo reaccionaba al fin y se sacudió el polvillo del piso que le había manchado los pantalones-. Estaba en el baile pero me descompuse y tuve que salir.

-Bueno -Luciano pasó su brazo por la espalda de ella, a la altura de los hombros-. Vamos que te llevo a tu casa.

-¿Pero vos no te estás yendo a trabajar?

-Sí, pero no importa -él comenzó a caminar llevándola abrazada.

-¡¿Cómo que no importa?! -ella se soltó y detuvo la marcha-. No quiero que por mi culpa tengas problemas en el laburo.

-No te puedo dejar en este estado -Luciano volvió a tomarla del brazo y al correr un poco la manga del saquito de ella sintió que tenía la piel de gallina-. Te llevo a tu casa igual.

Entonces Yanina entendió que su vecino no iba a dejarla ahí sola por ningún motivo y finalmente accedió a que él la acompañara hasta su vivienda, situada en la misma cuadra que la de él. Allí, la joven residía con sus tíos en un inmueble construido en la parte delantera del terreno donde, a su vez, su abuela atendía un kiosco al que iban a comprar muchos de los habitantes del barrio, incluido Luciano, a quien conocía desde hacía varios años, cuando ambos cursaron en la mismo colegio secundario, aunque en distintas clases ya que ella era un año menor que él. De hecho, el joven solía ir al comercio y se quedaba charlando con ella, a quien le contaba sobre su pequeño hijo y hasta le mostraba fotos del niño que él guardaba en su teléfono celular.

-Luciano -Yanina se detuvo al llegar hasta la playa de la estación de servicios-. En serio, no quiero que tengas problemas en el trabajo como aquella vez que llegaste tarde por ayudar a Laurita.

El joven la miró sorprendido y guardó silencio. Instantes después reanudó la caminata con la cabeza gacha y ella lo siguió sintiendo un poco de culpa.

Si bien no se trataba de un secreto, a Luciano no le gustaba que en el barrio se supiese que el año anterior habían asaltado a Laura, una ex compañera suya de la escuela y que residía en una casa ubicada en la parte trasera del terreno que ocupaban los tíos de Yanina.

En aquella ocasión, la chica salió muy temprano a la mañana, cuando aún estaba oscuro, de la estación de subtes cercana a su lugar de trabajo, en la Capital, y fue abordada por un muchacho que la amenazó para robarle sus pertenencias.

Y si bien resultó ilesa, la víctima quedó tan asustada que su padre decidió a partir de entonces acompañarla desde la casa hasta la parada de colectivos para que no anduviera sola por la calle.

Por su parte, Luciano, al enterarse de lo ocurrido, le ofreció a Laura hacerle compañía a la salida del subte en los días en los que ambos coincidían en el mismo horario y dado que sus respectivos trabajos quedaban a pocas cuadras uno del otro; a lo que la chica accedió encantada y en unas pocas semanas de andar acompañada perdió el miedo hasta volver a viajar sola. Y aunque retomó su actividad habitual, nunca volvió a sentirse segura como antes.

III

“La madre de Laura me contaba que cuando iban juntos a la escuela, él la cuidaba mucho y que estaban siempre juntos”, me contó Yanina luego de pedirme disculpas por no poder ayudarme a localizar a Laura para una entrevista ya que al momento de mi investigación la ex compañera de Luciano se había mudado al oeste del país con su actual pareja, cansada de la inseguridad de las grandes ciudades.

Mi encuentro con Yanina se produjo en el *shop* de la estación de servicios ubicada en la esquina de su casa, desde dónde luego de ser auxiliada a la salida del boliche, ella caminó abrazada a Luciano, en parte para no tropezar y otro poco como una forma de agradecimiento, hasta la puerta de su domicilio. Allí, él se despidió, dio media vuelta y se fue a trabajar, como si nada. Aunque al otro día fue a comprar al quiosco y le preguntó a la abuela de Yanina cómo se sentía ella, quien se levantó de la cama para agradecerle nuevamente.

“Luciano era un chico tímido, retraído, poco sociable; y casi siempre estaba encerrado en su casa o trabajando. Prácticamente no salí y nunca iba a los boliches”, recordó Yanina, quien aclaró que a pesar de ser una persona solitaria, su vecino se relacionaba más con las mujeres que con los hombres del barrio.

Por ejemplo, su tío Gustavo jugaba al fútbol con Rubén en el 17 de Febrero y llevaba a su hijo, que era más o menos de la misma edad que Luciano, pero a éste no le gustaba ir al club ni jugar a la pelota.

“Laura decía que él era muy caballero, de esos muchachos que te abren la puerta durante una salida. También tengo entendido que con su ex mujer se llevaba bien”, señaló Yanina y agregó que la única otra mujer que ella conoció en la vida de su vecino fue la hermana menor de éste.

“Era bastante pegado a Romina y jamás supe que haya tenido novia o pareja”, detalló.

Además, Yanina me comentó que había muchas personas que lo veían “raro” por la forma en la que él se vestía, “onda *dark*”, y porque tenía varios *piercings*, aunque a ella no le llamaba la atención sino que lo consideraba “una moda”.

Pero la vecina fue un poco más allá de las simples apariencias: “Las personas que lo conocían mejor, como Laura, contaban que Luciano estaba mal porque tomaba pastillas, supuestamente recetadas, desde que era chico; como *Clonazepan*, *Rivotril* y esos medicamentos que toman las personas que tienen una enfermedad psiquiátrica.”

-Y vos que también lo conocías, ¿pensabas igual? -aparté la vista de Yanina por un instante para revisar que el grabadora estuviese funcionando correctamente.

-Por momentos lo sospechaba -la joven alzó el entrecejo y cruzó las manos sobre la mesa, en forma de cruz-, pero ahora estoy segura de que era así.

-No suele ser fácil detectar una enfermedad psiquiátrica –me llevé los dedos índice y pulgar a la barbilla, y me froté la barba.

-Lo único que sé es que yo tengo una madre que sufre esquizofrenia y, por mi experiencia, puedo ver en sus ojos que él no está para nada bien.

La miré fijamente y callé, a la espera que ella continuara.

-Una vez, mi mamá quiso matar a su hermana por un desvarío de su cabeza -los ojos de Yanina se humedecieron con lágrimas que no llegaron a correr mejilla abajo-. Ella creía que mi tía le había robado plata pero no fue así. Mi tía sólo le cobraba el sueldo porque era la apoderada de ella, nada más.

-¿Se trata de la misma tía con la que vivís?

-Sí. Cuando a mi mamá la internaron, mi hermano mayor se fue a vivir con mi papá y yo con mi tía -Yanina apartó la mirada y la clavó en el cristal del ventanal, al tiempo que yo tragué saliva procurando desanudar la garganta y apagué el grabador.

-¿Ya habló con él? -me preguntó Yanina justo antes de despedirnos en la playa de la estación de servicios, mientras nos encontrábamos parados en el sector del jardín del predio, en el que había un rectángulo de césped cortado al ras y en el centro una palmera baja pero de tronco ancho.

-Todavía no pude verlo siquiera -respondió al tiempo que cerraba mi mochila y me la colgaba de un hombro.

-Yo trato de ir una vez al mes, ¿sabe?, pero se me hace difícil porque me queda muy lejos.

-Claro.

-Y cuando lo veo siempre le leo la palabra de Dios, para que se sienta un poco mejor.

-No me imagino cómo se puede aguantar el paso del tiempo en un sitio donde resulta imposible estar bien, para cualquiera -añadió posando mi mano en el hombro de la joven, visiblemente conmovida.

Nos saludamos con un beso en la mejilla, tras lo cual ella se secó, una vez más, las lágrimas de los ojos y comenzó a caminar en dirección a su casa. En tanto, yo me quedé observando el incesante tránsito de la avenida Monteverde, que tenía un bulevar de hormigón que separaba ambas manos y estaba decorado con otras palmeras, más altas y de hojas delgadas, y que reflejaban un poco de sombra sobre el asfalto.

Luego de unos instantes inicié un breve recorrido por *avenida Perón*, también identificada por los vecinos con el número 24, hasta dos cuadras más adelante, donde se

encontraba otro de los puntos del barrio incluido en mi trabajo de investigación y que debía revisar.

Durante esa caminata me envolvió un clima soleado y cálido, totalmente opuesto al momento en el que Daiana fue atacada a principios de junio, casi dos años atrás. Y a medida que me acercaba al lugar señalado por la propia víctima en su denuncia me llamó la atención que en un radio considerablemente reducido funcionaban varios quioscos, un rubro que parecía haberse mantenido a flote en el estrepitoso naufragio que la economía del país había sufrido en los últimos meses, en los que habían aumentado la pobreza, el desempleo y el endeudamiento, tanto público como privado.

Y en ese contexto, muchos comercios y pequeñas y medianas empresas no tenían más remedio que reducir su cantidad de empleados o directamente cerrar, como ocurría con la metalúrgica en la que trabajaba Rubén.

Habían pasado pocos minutos de las 22 del miércoles cuando Daiana salió del gimnasio al que asistía tres veces por semana a clases de *spinning* al terminar de trabajar a las 21 en un quiosco ubicado a una cuadra y media, sobre la 24. Esa noche, ella se había quedado charlando con uno de los encargados del *gym*, por lo que cuando abandonó el local lo hizo sola dado que el resto de sus compañeras de clase ya se habían marchado.

El gimnasio funcionaba en una planta baja y tenía el frente enteramente vidriado, el cual estaba enmarcado por paredes pintadas de un color gris topo. En la vereda había dos árboles que escondían parcialmente la fachada de la visión que se tenía de la misma desde la calle y, sobre todo, de las tenues luces que descendían de los postes del alumbrado público, por lo que el lugar se sumergía en un ambiente oscuro.

En tanto, de la mano de enfrente había un local de telefonía móvil y al lado de éste un comercio de venta de artículos de limpieza, ambos cerrados al público desde hacía dos horas, aproximadamente, como la mayoría de los negocios de la zona, que en ese momento del día quedaba desolada.

Daiana acomodó la bufanda alrededor de su cuello, subió el cierre de su campera impermeable que la cubría hasta la mitad de sus muslos vestidos con una calza negra y larga que le llegaba a los pies, y se colocó la capucha sobre su cabellera recogida antes de dar los primeros pasos hacia la parada de colectivos distante unos veinte metros de la puerta del gimnasio. Caminó con la cabeza gacha, escuchando únicamente la fricción de la suela de sus zapatillas deportivas sobre el cemento y el soplido de un viento que arreciaba, hasta que llegó al cordón de la vereda, desde donde se asomó a la avenida para ver si venía el ómnibus, pero sólo vio unos pocos autos particulares. Luego echó un vistazo a su alrededor y confirmó que se encontraba completamente sola en la parada y también en toda la cuadra, excepto por un joven que caminaba por la vereda opuesta y en dirección a ella.

Al principio se inquietó porque esta persona, vestida con ropa oscura y un gorro de lana negro, se movía en un cono de sombras pero cuando la vio cruzar la avenida hacia la parada, Daiana lo reconoció: lo había atendido en varias ocasiones en el quiosco, aunque jamás había hablado con él ni sabía su nombre o dónde vivía. Esta familiaridad la serenó, por lo que se puso los auriculares de su *smartphone* y comenzó a escuchar música.

Pasaron unos minutos hasta que llegó el colectivo y Daiana subió primera, mientras que el joven, quien había aguardado detrás de ella a una distancia prudencial, fue el segundo y último en abordar la unidad, en la que viajaban varios pasajeros más que, al igual que ella, regresaban a sus respectivos hogares. Y en los rostros de todos

ellos se podía advertir el cansancio resultante de una extensa jornada ya sea trabajando o estudiando como en el caso de los más jóvenes, quienes cargaban abultadas mochilas y tenían la vista clavada en las pantallas de sus teléfonos móviles, como si estos fuesen los generadores de energía que los mantenían con vida.

Durante el recorrido subió más gente, incluso, varios de los pasajeros debieron viajar parados y en medio de ese amontonamiento, Daiana, quien a diferencia de la gran mayoría del resto llevaba sus pertenencias (billetera, llaves y celular, no más que eso) en los bolsillos de su campera, perdió de vista al extraño joven de la parada.

A esa hora, el viaje desde el gimnasio hasta su casa, separados por unas 30 cuadras uno de la otra, no demandaba más de diez minutos, por lo que a la tercera canción completa que escuchó, la joven bajó en la esquina de su domicilio, situado a mitad de cuadra en una calle de asfalto, angosta, sin cordón y con veredas deterioradas en las que se levantaban viejos y torcidos árboles.

Esta callejuela cruzaba la avenida, la cual sí contaba con una iluminación decente. La parada estaba cerca de la ochava en la que funcionaba una verdulería y carnicería, la cual también estaba cerrada al público.

Tras descender del colectivo, Daiana cruzó hacia la calle de su casa y al pisar la vereda de enfrente se quitó los auriculares. Y en ese momento oyó unos pasos fuertes justo detrás de ella. Entonces se dio vuelta y vio al joven de la parada que corría hacia su posición, por lo que ella también corrió.

Sin embargo, sólo alcanzó a dar un par de zancadas hasta que él la tomó por la espalda, a la altura de los hombros y ambos cayeron al suelo, junto al alambre perimetral de un terreno baldío cubierto de una alta vegetación.

Después de ese primer sacudón, la joven trató de levantarse pero el agresor la volvió a arrojar contra el piso, al que ella cayó de espaldas, por lo que quedó cara a cara

con él. “¡Papá!, ¡papá!, ¡ayúdame!” gritó Daiana, desesperada, pero enseguida el atacante le tapó la boca con una mano, al tiempo que con la otra la sostenía del cuello.

Mientras la víctima pataleaba y tiraba manotazos, él gemía como un animal carnívoro que presionaba sus piernas sobre la cintura de su presa. “¡Soltame, hijo de puta!” gritó ella durante esa lucha cuerpo a cuerpo que duró entre 15 y 20 segundos, en los que uno de los puñetazos de la víctima dio en la campera del agresor, a raíz de lo cual, del bolsillo de esa prenda salió volando un celular que quedó tirado a medio metro de donde ambos se encontraban, entre unos pastos largos.

Entonces él se estiró para recoger su móvil y al hacerlo aflojó la presión sobre Daiana, quien así pudo zafar, ponerse de pie de un salto y correr hasta su casa. “¡Abrime, papá! ¡Abrime!” exclamó tan alterada que olvidó que aun llevaba las llaves de ingreso dentro de su abrigo. “¡Dale, abrime!” volvió a gritar y mientras golpeaba la puerta con los puños cerrados miró para atrás y divisó al agresor escapando a la carrera hacia la avenida.

Instantes después, el padre de Daiana abrió la puerta y ella casi que se zambulló adentro de la vivienda.

-¿Qué te pasó, Dai? -el hombre abrazó a su hija sin importarle que la puerta había quedado abierta-. ¿Estás bien?

-Me asaltó un pibe -Daiana había comenzado a llorar y seguía con la respiración agitada-. Pero estoy bien.

Al oír lo sucedido, la madre de la joven fue apurada desde la cocina hasta la sala de estar junto a la entrada para consolar a su hija, en tanto que el padre salió a la calle a buscar frenéticamente al agresor.

Caminó hasta la avenida y miró varias veces hacia ambos lados, pero no alcanzó a ver a nadie sospechoso, por lo que regresó rápidamente a su domicilio para cerciorarse que su hija no estuviese lesionada.

-¿Segura que estás bien? -el hombre se sentó en el sillón a un lado de su hija, mientras que del otro estaba su esposa, quien acariciaba la cabellera de Daiana, procurando peinarla-. ¿Te hizo algo? ¿Te robó?

-Me tiró al piso pero no me lastimó ni me robó nada -la joven ya no lloraba pero sus ojos se veían irritados-. Ya pasó. Fue sólo un susto -añadió con la respiración más pausada, tras lo cual se puso de pie, pero al sentir que las piernas aun le temblaban se volvió a sentar.

Ella quería transmitirles tranquilidad a sus padres y así poder luego usarlos de espejo para obtener su propia calma, pero los nervios la dominaban. Inquieta, se paró nuevamente con esfuerzo y se dirigió hasta al baño para darse una ducha y cambiarse de ropa antes de cenar en familia, aunque apenas probaría bocado.

Al día siguiente, Daiana decidió ir a trabajar al quiosco a pesar de que se sentía muy cansada ya que había dormido poco y mal. No recordaba haber tenido pesadillas pero sí que cada vez que cerraba los ojos le venían a la mente flashes del ataque que la asustaban. Después de desayunar liviano, la joven volvió a encerrarse en su dormitorio y permaneció tirada sobre la cama hasta minutos después del mediodía, cuando su madre la llamó para almorzar. Comió un poco más que las veces anteriores y sin comentar el tema con su mamá, su única acompañante ya que su padre y su hermano estaban en el trabajo.

Alrededor de las 14.30 se fue al local, al que debía entrar a las 15. Su madre insistió en acompañarla hasta la parada de colectivos pero ella le dijo que no hacía falta

porque a plena luz del día no le iba a pasar nada malo. “A la noche te va a ir a buscar papá, ¿sí?”, le dijo la mujer, intranquila, al despedirla en la puerta de la casa, tras lo cual, permaneció unos segundos en la vereda observando cómo su hija caminaba hacia la avenida hasta que la perdió de vista.

Durante el viaje, tanto a pie como a bordo del colectivo, la joven giró constantemente la cabeza hacia atrás para asegurarse que nadie la estaba siguiendo o mirando por la espalda. Repitió tantas veces dicho movimiento que al llegar al quiosco le dolía el cuello.

Al arribar dejó su cartera detrás del mostrador, saludó a Matías, su compañero, quien estaba terminando de cobrarle a un cliente, y salió a la puerta a fumar un cigarrillo bajo un agradable sol vespertino que la hizo olvidar por un instante que faltaba cada vez menos para la llegada del invierno, la estación que menos le gustaba porque ella era friolenta y el clima la obligaba a vestirse con mucha ropa: musculosa, remera de mangas largas, buzo, campera, bufanda, capucha, doble media y calzado cerrado. Toda una inversión de dinero y tiempo; sin mencionar lo incómodo que resultaba moverse durante el día con todo eso auestas.

-Che, Dai -Matías se paró al lado de ella y también encendió su cigarrillo luego de que el último cliente de marchó-, mañana nos vamos a juntar a ver el partido de la selección en casa, ¿querés venir?

-¿Otra vez juega Argentina? -la joven miraba hacia la avenida, atraída por el paso continuo de los vehículos.

-Sí, nena -el chico rio, meneando la cabeza-. El lunes le ganó a Chile dos a uno por la primera fecha del grupo y mañana juega por la segunda contra Panamá.

-¿Qué torneo es ése? -Daiana estaba apoyada contra la columna de la medianera que separaba el quiosco de la casa del vecino, con las piernas juntas y estiradas.

-Es la Copa América del Centenario que se juega en los Estados Unidos.

-Pero, ¿no hubo una copa el año pasado?

-Sí, en Chile. Y Argentina perdió por penales la final contra ellos, pero esta es otra. Una nueva.

-Ah, ok -la joven exhaló una larga bocanada de humo y luego golpeó suavemente el cigarrillo con la yema de su dedo índice para que la ceniza cayera al suelo, pero una ráfaga de viento impulsada por el veloz paso de un colectivo hizo que dichas partículas grisáceas se deshicieran en el aire.

-Bueno, ¿venís? -el chico la miró fijo, expectante.

-No puedo -respondió ella tajante.

-Ah, cierto que los viernes tenés gimnasio -Matías se llevó la mano a la frente-.

Me había olvidado.

-Igual, mañana tampoco voy a ir al *gym*.

-¿Entonces? ¿Tenés alguna salida programada? ¿Algún chico, tal vez?

-No, nada -la chica arrojó el cigarrillo al suelo y lo apagó con la punta de sus zapatillas-. Prefiero quedarme en casa.

-¿Te sentís bien? Tenés una cara...

-Tuve un problema anoche y no dormí nada.

-¿Qué te pasó? -el compañero también apagó el cigarrillo contra el piso y se paró de frente a ella.

-Entremos que te cuento rápido antes de que te vayas -Daiana señaló el umbral de la puerta-. Pero prométeme que no vas a decirle a nadie.

-Te lo prometo -el joven le hizo señas a ella para que ingresara primero.

Momentos después, ambos estaban sentados en dos banquetas ubicadas detrás del mostrador, también de vidrio, con marcos de aluminio y en forma de "L". Y

mientras él cebaba unos mates, ella le describió brevemente el ataque que había sufrido, aprovechando que a esa hora había poco movimiento de clientes, al menos hasta las cuatro o cinco de la tarde, cuando muchos chicos salían de las escuelas.

-Uy, nena ¡Qué garrón! -Matías le pasó el mate a Daiana y una vez que tuvo la mano libre la posó gentilmente sobre la rodilla flexionada de ella-. Por suerte, no te lastimó.

-Mi abuela diría que fue una desgracia con suerte -la joven sonrió por primera vez en toda la tarde, como si haber comentado lo ocurrido la noche anterior le hubiese quitado un peso de encima-. Fue una cuestión de segundos, nomás, pero me pareció una eternidad.

-Me imagino.

-Fue todo muy raro porque si me hubiese querido robar me habría pedido las cosas y no lo hizo. Y eso que él me vio cuando arriba del colectivo saqué la billetera para pagar el boleto y el celular.

-Pero si no te atacó para robarte... -el compañero hizo una pausa ya que no se animaba a pronunciar la palabra abuso o violación.

-No me tocó ninguna parte íntima -Daiana le devolvió el mate y le quitó la vergüenza-. Quedate tranquilo.

-Pero, ¿no se te tiró encima?

-Sí, sí. Pero tuve la sensación de que sólo quería tenerme agarrada y que me quede quieta.

-¡Qué loco de mierda!

-Como que no tenía ninguna expresión marcada en el rostro -Daiana tomó un bizcochito de grasa de un paquete abierto que estaba en el segundo estante del

mostrador-. Lo único que percibí fue la fuerza que hacía para retenerme y por no decir nada.

-¿Habrá estado armado?

-Yo no le vi ninguna arma pero en un momento pensé que me iba a matar igual - respondió Daiana sin dejar de masticar.

-¿Y cómo era el tipo?

-Más o menos alto como yo. Y no muy grandote. Pero tenía mucha fuerza.

-¡Qué hijo de puta!

-Lo que más me jode es que estoy segura que lo conozco de haberlo atendido un par de veces acá en el quiosco, pero no sé el nombre ni dónde vive. Es más, creo que ni siquiera crucé más de dos palabras seguidas.

-Es probable que sea de por acá. Sobre todo si andaba solo y a pie -Matías apoyó el termo casi vacío sobre el mostrador, lejos de la caja registradora y del cuaderno donde anotaba cada venta, el cual mostraba algunas manchas verdosas en las primeras hojas producto de varios vuelcos accidentales previos.

-Tenía una campera negra y un gorro pero, ¿quién no se viste así cuando hace frío? Además, era de noche y se veía todo oscuro. De hecho, mi campera también es negra y tiene capucha...

-Claro.

-También tenía un *piercing* en la nariz, como muchos de los chicos que veo en el gimnasio.

-Con esa descripción medio barrio es sospechoso.

-Pero si lo volviera a ver lo reconocería sin dudar.

-Y bueno... -el joven se puso de pie y tomó el termo y el mate-. Esperemos que la Policía lo agarre así lo podés identificar.

-Vamos a tener que salir a buscarlo nosotros porque no voy a hacer la denuncia.

-¿Por qué? -el compañero se levantó de la banqueta, sorprendido.

-Primero, porque no sé cómo se llama ni dónde vive. ¿A quién voy a denunciar?

Y segundo, ¿qué voy a denunciar? Si no me robó, lastimó ni abusó. La Policía se me cagaría de risa y no haría nada.

-Pero algo tenés que hacer.

-Lo que voy a hacer es tratar de ser más precavida en la calle y cuidarme un poco más.

-Está bien.

-Hoy, por ejemplo, mi papá me dijo que me venía a buscar para que no viaje sola hasta casa.

-Me parece perfecto.

Matías le guiñó un ojo y luego se dirigió a calentar el agua y cambiar la yerba en la cocina del fondo, separada del salón por una tela larga hasta el piso que colgaba de un barral amurado sobre una arcada.

Tras quedar sola detrás del mostrador, la joven se asomó por la ventanita corrediza delantera que daba a la vereda y por la que solía atender a los clientes que estaban de paso. Miró hacia la avenida y de la mano de enfrente alcanzó a ver a un hombre bajar de un colectivo proveniente de la Capital. Tenía la misma contextura física que su agresor y la misma forma de caminar, como si le doliera una rodilla, la derecha, y su cuerpo se inclinara levemente hacia ese lado cuando pisaba con dicha pierna.

Estaba vestido de negro, con calzado, pantalón, y campera de ese color; pero esta vez no llevaba nada que le cubriera la cabeza y tenía un pañuelo blanco y marrón alrededor del cuello. Lo único claro que tenía puesto.

Si bien desde lejos no pudo verle el rostro, Daiana estuvo segura que era su agresor por la manera en la que se desplazaba y se puso nerviosa. No supo qué hacer y tampoco le dijo nada a su compañero. Tendría que haberlo hecho, pero no pudo. Se bloqueó. Sólo se lo quedó mirando a la distancia mientras que el sospechoso se alejó tranquilamente, hasta que lo perdió de vista entre el gentío. La próxima vez, se dijo ella. “La próxima vez”, repitió en voz baja, no lo suficiente para evitar que Matías la oyera. “¿Qué pasa la próxima vez?”, preguntó él al regresar de la cocina hasta el frente del local. “Nada, nada. Estoy hablando sola. No me hagas caso”, respondió ella.

Mientras Daiana miraba por la ventana del quiosco hacia el otro lado de la avenida iluminada por los fugaces faros de los vehículos que iban y venía en ambos sentidos, Solange bajó del colectivo de la mano de enfrente. Eran las 19.15 del martes y ella regresaba de su trabajo en Capital. Estaba deseosa de llegar a su casa, ubicada a unas tres cuadras, para ver a sus dos pequeños hijos, quienes en ese momento estaban al cuidado de su esposo y padre de ambos niños.

Agotada, no sólo por la extensa jornada laboral sino también por el frío, Solange caminó por la 24 y, como siempre, dobló en la primera esquina a la derecha para tomar por la calle de asfalto, en la cual solía haber un mayor movimiento de personas, lo que le aportaba una tranquilizadora sensación de compañía, sobre todo, a esa hora del día y en esa época del año en las que predominaba la penumbra.

La mujer iba por la vereda de la mano izquierda cuando vio que cruzando la calle y en sentido opuesto se acercaba una chica a la que no reconoció como una vecina del barrio y unos pasos detrás de ella a un joven de unos 25 años. Ambos pasaron de largo y ella continuó hacia la esquina donde debía doblar a siniestra, y a unos 50 metros, en una cuadra de tierra, se ubicaba su vivienda.

Avanzó por una especie de pasillo delimitado por las fachadas de las casas particulares, de un lado, y una serie de autos y camionetas viejos y desarmados pertenecientes a un taller mecánico situado poco antes del cruce de calles, del otro; y justo antes de llegar a la ochava un instinto la hizo pausar la marcha repentinamente y mirar hacia atrás, a sus espaldas. Entonces observó que el joven que se había cruzado momentos antes había dejado de seguir a la chica y ahora corría hacia ella por la misma vereda en la que se encontraba, completamente sola.

Consciente de esa desolación, Solange decidió iniciar una carrera alocada hacia su casa, pero a los pocos metros un golpe puño a la altura de la nuca, ligeramente amortiguado por la bufanda que le cubría el cuello, la tumbó boca abajo sobre el suelo pedregoso existente entre la vereda y la calle.

“¡No!, ¡no!”, gritó la mujer con los brazos y piernas extendidos en el suelo, en forma de cruz; mientras que su atacante se agachó al lado de ella y comenzó a tirar de la correa de su cartera. Solange no se animó a mirarlo y bajó la cabeza. Sólo atinó a quedarse quieta, con los ojos cerrados y los puños apretados.

Después de sentir dos jalones fuertes y seguidos que la despojaron de su cartera, y cuando esperaba un nuevo golpe contra su cuerpo indefenso, escuchó pasos acelerados y al abrir los ojos ya no vio al joven, sino el neumático pinchado y la cubierta oxidada delantera de un *Rastrojero* al que le faltaban no solo los cristales de las ventanillas, del parabrisas y la luneta sino también la caja de madera entera de la parte trasera.

En medio de una crisis de nervios, Solange se puso de pie trepando por el chasis despintado de aquel vehículo que tenía más años que sus propios padres y alcanzó a ver que su agresor corría por la calle de tierra en dirección a su casa, por lo que ella optó por escapar hacia el domicilio de su madre, ubicado a dos cuadras de distancia, sobre el

asfalto, el cual se cortaba justo en esa cuadra ya que, como en muchos otros municipios del sur del conurbano, no era una obra pública sino mixta en la que la comuna contrataba una empresa privada con el dinero que los vecinos abonaban especialmente para tales fines, no a través de los impuestos. De esta manera, si había un grupo de vecinos que no pagaba, su calle seguía siendo de tierra.

Para llegar hasta la vivienda de su madre Solange debió bordear primero una plaza con árboles y luego una cancha de fútbol de tierra delimitada con alambre y donde realizaban actividad física los alumnos de la escuela primaria que funcionaba en la misma manzana. Y durante ese trayecto, que recorrió casi a la carrera, no se cruzó con nadie más. De todos modos, si lo hubiese hecho no se habría detenido ni a cambio de ayuda. Sólo quería abandonar la calle y ponerse a resguardo en un lugar cerrado.

Al arribar, Solange tocó insistentemente el timbre colocado en el marco de un portón de hierro negro, del mismo material y color que las rejas que protegían el frente del inmueble, construido en una sola planta, en forma de rectángulo, con paredes pintadas de verde agua y que exhibían un par de ventanas con persianas de plástico blanco.

-Hola hija -la mujer abrió la puerta de chapa de la entrada y caminó hacia el frente por un pequeño patio, con las llaves del portón en las manos- ¿Qué hacés por acá?

-Abrime, má. Por favor -Solange no podía dejar de mover sus pies sobre la vereda, como si ésta estuviera en llamas y no la dejaran pisar normalmente-. ¡Dale! ¡Apurate!

-Ya voy, ya voy.

Apenas la madre entornó el portón, Solange cruzó la entrada raudamente y, sin saludar y en silencio, fue directo al interior de la vivienda. Segundos después, la dueña

de casa cerró la puerta tras de ella y ambas quedaron de pie, cara a cara en medio de la sala de estar, en la que la televisión estaba encendida frente al sillón de una plaza.

Antes de poder pronunciar palabra, Solange se abalanzó sobre su madre y la abrazó como si fuese una niña.

-¿Qué te pasó, Sol? -la madre frotó sus manos por la espalda de su hija, cuyo abrigo de cuero había quedado cubierto de polvo, al igual que su cabello largo y ondulado.

-Me robaron la cartera -balbuceó Solange sin levantar su mejilla derecha del hombro de su madre, quien era varios centímetros más baja que ella, que había heredado la altura de su difunto padre.

-¿Cuándo? ¿Dónde?

-Recién -respondió Solange entre lágrimas y echándose hacia atrás para despegarse de su madre-. Cuando bajé del colectivo y estaba por llegar a casa.

-¿Te lastimaron?

-No, no. Estoy bien.

-Bueno, Sol, sentate y quedate tranquila -la madre señaló el sillón, ubicado junto a una mesa ratona sobre la que había una pava y el mate, y luego fue a apagar el televisor, en cuya pantalla se podía ver el noticiero con la previa del partido de la Selección Argentina de fútbol contra su par de Bolivia por la tercera fecha de la fase de grupos de la Copa.

Según los periodistas, en este encuentro el equipo nacional iba a alinear desde el inicio jugadores habitualmente suplentes ya que en la jornada anterior había vapuleado a Panamá 5 a 0, lo que lo había clasificado para la siguiente ronda. En ese marco, el cotejo de esa noche era un mero trámite y no tenía mucho sentido arriesgar a los titulares, sobre todo, al mejor jugador del mundo, el que llevaba la camiseta número 10.

Aunque éste no podría con su genio y terminaría jugando unos minutos para dejar su inconfundible sello en un 3 a 0 final que entusiasmó a los miles de hinchas que asistieron al *CenturyLink Field* de *Seattle*.

Lejos de aquel escenario de película y ensueño, digno del Primer Mundo, Solange le relató a su madre la pesadilla que acababa de vivir en una desdibujada versión de la tercera categoría del planeta.

-No te pongas mal, ya pasó -la madre acarició la mano de su desconsolada hija-. Lo importante es que no te lastimaron.

-Sí, ya sé -Solange se acomodó en el sillón frente al televisor apagado-. Fue un susto, nomás; y que se me llevaron la cartera.

-¿Tenías muchas cosas adentro? -la madre acercó una silla de la cocina y la colocó junto al sillón para sentarse al lado de su hija.

-Los documentos, las tarjetas, papeles del trabajo...

-¿Y el celular?

-Por suerte lo llevaba en el bolsillo de la campera, así que no me lo pudo robar.

-Menos mal -la madre se puso de pie y tomó la pava por el mango-. ¿Querés que caliente el agua y tomamos unos mates?

-No, má, gracias.

-Como quieras -la mujer se volvió a sentar-. ¿Llamaste a Juan para avisarle que estás acá?

-Todavía no- Solange se cubrió el rostro con ambas manos y agachó ligeramente la cabeza-. Quería tranquilizarme primero para que él no se pusiera como loco. ¿Viste cómo es?

-Hiciste bien, hija. Porque tu marido es capaz de salir a buscar al chorro él solo y si lo llega a encontrar puede pasar un desastre.

-Por eso quise evitar un mal mayor.

-¡Ay, Sol! Con lo peligrosa que está la calle y vos andas sola y a oscuras...

-No empecés, má -Solange se golpeó las palmas contra las rodillas-. ¿Qué querés que haga? No estaba paseando, volvía de trabajar, eh.

-¿Por qué no le dijiste a Juan que te fuera a esperar a la parada?

-¿Y los chicos? ¿Querés que los saque a la calle con este frío?

-En eso tenés razón.

-Y sí -Solange se mordió los labios y luego agregó:- Mejor andá poner la pava en el fuego mientras llamo a Juan para avisarle que estoy acá y que voy en un rato.

-No le digas nada por teléfono.

-No, ni loca -la joven madre se echó hacia atrás sobre el respaldo y sacó su celular del bolsillo de la campera, mientras que su madre se levantó de la silla y se dirigió a la cocina en la que había una olla con la cena que se cocinaba lentamente sobre una de las hornallas.

Por su parte, Solange prefirió no hablar por teléfono con su esposo sino enviarle un mensaje de texto instantáneo para que su incapacidad para disimular no despertara sospechas y él no se preocupara en vano.

-¿Ya hablaste? -dijo su madre al regresar de la cocina con el mate con la yerba renovada y la pava con agua caliente-. ¡Qué rápido!

-No hablé -Solange dejó el celular sobre el apoya brazo del sillón-. Le mandé un mensajito.

-Ok -la madre se acomodó en la silla y cebó el primer mate.

-Igual, no me voy a quedar mucho -la hija agarró el mate y chupó fuerte de la bombilla-. Tomó un par más y me voy; así también llamo para denunciar el robo de las tarjetas y esas cosas.

-Dale.

-¿Sabés lo que más me llama la atención, má? -Solange se cruzó de piernas, más relajada.

-¿Qué?

-Que el chorro en ningún momento me dijo algo. Ni habló. Y cuando forcejamos ni siquiera me tocó.

-¡Qué raro!

-Fue todo muy rápido, es cierto. Además, sólo cuando me lo crucé a mitad de cuadra estuvimos frente a frente, y encima en veredas opuestas; así que no pude verle bien la cara.

-¿Y cuándo te lo cruzaste ahí no sospechaste? -la madre cebó un nuevo mate y se lo pasó a su hija.

-No, para nada. Cuando él iba detrás de otra chica que también caminaba por la vereda no hizo ningún movimiento sospechoso. Eso sí, pude ver que se movía de forma rara y que estaba vestido con un pantalón oscuro y campera negra, de invierno y con capucha. Y me parece que llevaba una mochila.

-¿Lo habías visto alguna vez?

-No, nunca. Ni idea de quién es o dónde vive.

-¿Y era grandote?

-No. Más bien delgado, de un metro sesenta y cinco de alto.

-Igual, con lo menudita que sos vos, Sol, te podría haber lastimado.

-Quedate tranquila, má; que el golpe que me dio sólo sirvió para tirarme al suelo.

Ésa es mi hija: fuerte como una leona, pensó la madre, al tiempo que contemplaba a Solange con la nostalgia de viejos pero bellos recuerdos de cuando aquella era tan sólo una cachorra.

Solange se encontraba en su habitación revisando el cajón de su mesita de luz en busca de algún papel con el número de teléfono del banco para poder llamar y denunciar el robo de sus tarjetas, tanto de débito como de crédito, cuando su esposo la fue a buscar apurado:

-Sol, hay una vecina que te vino a ver.

Juan estaba de pie en el umbral de la puerta del dormitorio y la llamaba haciéndole señas con el brazo.

-Justo ahora –Solange se levantó del borde de la cama sobre el que estaba sentada-. ¿Qué quiere?

-Me parece que encontró tu cartera tirada. Dale, ¡apurate! –insistió él.

-Ya voy, ya voy –protestó la mujer mientras caminaba hacia la puerta, la cual siempre quedaba abierta, excepto cuando el matrimonio necesitaba privacidad ya que la habitación de sus hijos se situaba baño de por medio. De hecho, los chicos se encontraban allí en ese momento, luego de haber cenado junto a sus padres la comida que había preparado Juan mientras su esposa se daba una prolongada ducha para limpiarse la bronca de lo ocurrido un rato antes.

Una vez en el living, Solange se encontró con una mujer que vivía a la vuelta de la esquina y que le entregó su cartera, dentro de la cual estaban las dos tarjetas y su documento de identidad, pero no así la billetera con el dinero y una serie de papeles, entre ellos, su recibo de sueldo y un *Curriculum Vitae* que debía entregar al día siguiente en la gerencia de recursos humanos.

-¿Dónde estaba? –preguntó Solange.

-La encontré tirada acá nomás –la vecina señaló hacia el exterior de la casa-, en la calle.

-Muchas gracias.

-Justo la vi y cuando la levanté vi que adentro estaban tus documentos, así que te la traje.

-¡Me salvó! –Solange se acercó hasta la vecina y le dio un abrazo, como si fuesen grandes amigas, aunque sólo se conocían de vista.

-No hay de qué.

-No, en serio- la dueña de casa soltó a la vecina y la miró detenidamente a la cara-. Recién estaba por llamar al banco para denunciar el robo de las tarjetas y hubiese sido un trastorno pasar varios días sin plata y sin poder comprar nada.

-Bueno, me alegro.

-Gracias –Juan intervino y le dio la mano a la señora, que comenzaba a dar los primeros pasos hacia la puerta de salida.

-Lo importante es que no la lastimaron –señaló la vecina, a quien Solange acompañó hasta afuera donde la despidió con un beso en la mejilla.

Al volver a entrar a la casa, la joven madre tuvo una extraña sensación de satisfacción, de esas que no se entienden del todo pero que, al fin y al cabo, reconfortan en medio de una situación de angustia y temor. Y en ese escenario, de lo que sí estaba segura era que ahora que habían aparecido sus documentos y las tarjetas no tenía la necesidad de hacer denuncia alguna sobre lo sucedido.

Era domingo a la noche y faltaban pocas horas para que terminase el Día del Padre. Solange y Juan, quien había recibido de regalo un par de botines para jugar los sábados en el 17 de Febrero, miraban una película tirados en la cama, mientras que los chicos se divertían solos en su habitación. El lunes era feriado por el Día de la Bandera,

no había que trabajar ni asistir a clases, por lo que nadie en la familia debía acostarse temprano. Y en ese momento de relax, sonó el teléfono celular de la mujer:

-Hola –atendió ella, al tiempo que Juan pausó la película y aprovechó el *impasse* para ir al baño.

-...

-¡Hola!

-...

-¡¿Quién habla?!

-¿Solange?

-¿Quién sos? –la mujer bajó el tono de voz para no alarmar al resto de su familia.

-Soy el chico que te robó la cartera el otro día.

Solange quiso gritar “¡¿qué querés hijo de puta?!”, pero los nervios y el pánico le anudaron la garganta y soltó el celular sobre la cama.

Justo en ese instante entró a la habitación Juan, quien al ver el rostro pálido de su mujer, con los ojos desorbitados y el teléfono móvil tirado levantó el aparato en el acto:

-¡Hola! ¡Hola! –insistió él con un vozarrón intimidante-. ¿Quién habla?

Pero del otro lado de la línea cortaron apenas oyeron al hombre.

-¿Quién era, Sol? –Juan le pasó el celular a su esposa, que permanecía sentada a mitad de la cama, inmóvil.

-Era el hijo de puta que me robó –respondió la mujer con un tono débil y lágrimas en los ojos, tras lo cual, Juan se sentó a su lado y la abrazó. Y así él advirtió que su mujer ya no estaba como petrificada sino que todo su cuerpo temblaba.

-¿Estás segura?

-Me lo dijo él mismo –Solange dejó caer su cabeza sobre el hombro de su marido, quien le tomó las manos y las besó.

-Bueno, tranquilízate.

-Se quedó con mis papeles que tienen todos mis datos.

-Y sí –Juan intentaba transmitirle seguridad pero la bronca y la impotencia lo llevaban a pensar que no estaban lidiando con un simple ladrón sino con un enfermo. Y se mordió los labios.

-Y ahora estoy segura que era él me llamaba antes y me cortaba sin decir nada cada vez que atendía.

-¡¿Qué?! –Juan se apartó despegó del cuerpo de su esposa-. ¿Por qué no me dijiste nada?

-Porque no quería que te preocuparas y te pusieras como loco.

-¿Y desde cuándo está pasando esto?

-Desde el día siguiente al robo –Solange bajó la vista, en tanto que Juan le arrebató el celular de las manos y comenzó a revisar el listado de llamadas.

-No te molestes porque siempre llama desde un número desconocido –aclaró ella.

-¡Qué enfermo de mierda! –exclamó Juan mirando la pantalla del celular-. Si lo agarro, lo mato.

-Vos no vas a matar a nadie –Solange quiso tomar su móvil pero él no se lo permitió. En cambio, lo sostuvo por arriba de su cabeza.

-Yo no voy a matar a nadie pero vos vas a cambiar el número de la línea mañana mismo, ¿sí?

-Está bien –respondió ella, tras lo cual él le devolvió el celular, pero apagado para evitar nuevos incidentes.

-¿Querés seguir viendo la peli? –Juan tomó el control remoto del televisor y se acomodó contra el respaldo de la cama.

-No, mirala vos que a mí me duele mucho la cabeza –indicó Solange acostándose junto a su marido y tapándose con la frazada. Sólo quería cerrar los ojos para luego, cuando los volviese abrir, creer que todo había sido una pesadilla.

Finalmente, Juan decidió no seguir viendo la película solo y sintonizó una de las señales deportivas en la que analizaban el rotundo triunfo 4 a 1 que la Selección Argentina había obtenido la tarde-noche del día anterior ante Venezuela por los cuartos de final de la Copa, en un encuentro que se disputó en el nuevo estadio de la ciudad de *Foxborough*, el cual había sustituido la antigua cancha en la que el equipo nacional venció 4-0 a Grecia en el Mundial de 1994.

A su vez, los periodistas, entusiasmados por el rendimiento del conjunto argentino, ya analizaban cómo iba a ser el martes siguiente el esperado choque de semifinales ante los Estados Unidos.